

Publicación del
Consejo
General
2ª época

PLIEGOS *de Rebotica*

número
155

Oct./Dic. 2023

ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE FARMACÉUTICOS DE LETRAS Y ARTES





**CINFA, MÁS DE 50 AÑOS TRABAJANDO
POR Y PARA LOS PACIENTES.**

Margarita Arroyo

Una celebración y un Hasta siempre

Cumplir los 50. O más exactamente, vivir los 50. Años de ilusión, de compañerismo, de trabajo codo a codo. De generosidad, de logros, de superación de momentos difíciles. De alegrías compartidas con todos los compañeros que de una u otra manera se relacionaron con esta empresa. Es decir, estos años han transcurrido como lo que son; el devenir de algo vivo. En ellos ha habido momentos de zozobra, pero entre todos hemos conseguido llegar hasta aquí con la misma ilusión que dio lugar a su nacimiento.

Desde su inicio los tiempos han cambiado. Han cambiado modas, métodos, personas y formas de comunicación. Y todo esto se ha asumido con un talante natural modificando lo necesario. Se ha ido asumiendo la influencia de los antepasados, de la idea, de la sustancia, del fin. Pero todo eso con voluntad de futuro. Permanecer. Prevalecer. Mejorar. Ayudar. Caminar. Afortunadamente sus principios y sus fines se han mantenido inmutables. No era necesario cambiarlos, que lo que está bien hecho no necesita mudanza.

Y como todo lo que vive, no todos los tiempos han sido felices, pero afortunadamente cada reto nos ha impulsado hacia adelante con la ilusión y el empeño de conseguir metas mejores. Y hasta ahora he de decir que creo que así ha sido. Quizá sea esta la causa de que AEFLA goce de una especie de eterna y casi imposible juventud. Tantos nombres. Tantos amigos.

Tanto cabal entendimiento. Tantos sobresaltos. No nos engañemos: esto es lo que corresponde a una ruta interesante.

Y, tras esta pequeña y esperanzada referencia a nuestra historia, no debo dejar de hablar de algo actual y menos alegre: la prematura dimisión de nuestro ya expresidente José Vélez, que fue nombrado Presidente de esta asociación recientemente. Se iniciaba así una nueva y esperanzada etapa porque sabíamos de su amor a AEFLA, su gran capacidad de trabajo y sus contactos a muchos niveles en los que es reconocido. Pero su mandato ha durado menos de lo deseado porque circunstancias mandan y hubo de presentar su dimisión ya que sus obligaciones familiares y laborales le impedían realizar su actividad hacia nuestra asociación con la implicación que, tan concienzudo como siempre, consideraba necesaria.

Yo, que soy un tanto refranera, digo que de bien nacidos ser agradecidos y por eso desde aquí –y en otros medios– decimos que le re-

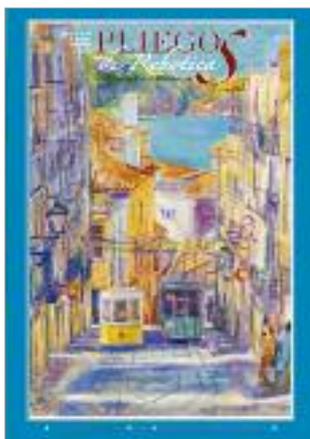
conocemos y agradecemos su esfuerzo y su trabajo en favor de todos nosotros, que ha sido mucho, pero en un tiempo corto en demasía. Esta es, y seguirá siendo siempre su casa. Esa casa en la que todos cabemos y en la que el único fin es aportar nuestra pequeña contribución al mundo –ancho mundo– farmacéutico.

Gracias Pepe. ■



ÍNDICE

Nº155 Oct./Diciembre 2023



Portada "Barrio de Lisboa"
Pilar Peñas
Contraportada
"Madrid de los Austrias"
José Luís Sotillo

EDITA

Consejo General
de Colegios Oficiales de
Farmacéuticos
c/ Villanueva, 11
28001 Madrid
aefta@redfarma.org

DIRECTORA

Margarita ARROYO

CONSEJO DE REDACCIÓN

Margarita ARROYO
Manuela PLASENCIA
Cristóbal LÓPEZ DE LA
MANZANARA
José Félix OLALLA
José VÉLEZ

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Simona VLASEVA

FOTOMECÁNICA

MONTERREINA

IMPRIME

MONTERREINA

DEPÓSITO LEGAL
M-15489-1975
ISSN:0214-4867

NOTA

Todos los artículos insertados
expresan únicamente la opinión
de sus autores.

**AEFLA
EN
INTERNET**



AEFLA aparece en Internet
con identidad propia.
Estamos en:

www.aefla.org

twitter: @AEFLAJunta

también puedes comunicarte
con nosotros a través de la
dirección de correo:

aefta@redfarma.org

AEFLA – YouTube



9



18



25

- 3 CARTA DE LA DIRECTORA – Margarita Arroyo
5 Furtivos – M^a Ángeles Jiménez
8 Recuerdo – Juan Jorge Poveda Álvarez
10 El tercer tren – Andrés Morales Rotger
14 Trescientos segundos – Rafael Borrás
16 Recuerdos de una tarde de lluvia – Beatriz Brasa
18 El peregrino – Francisco José Sánchez-Muniz
21 Mustafárel porteador – Mónica Parramón Ponz
24 Morante de la Puebla ... torero !!!
– José Luis Blanco Pérez
25 LOS CAMINOS COLATERALES DEL
CORAZÓN – Aurora Sánchez Sousa
Ventana al conocimiento,
La Maldición de Tutankamón
27 EL RINCÓN DEL BIBLIÓFILO
– Enrique Granda Vega – Elementos de farmacia
del doctor Francisco Carbonell



32



44



50

- 29 FÁBULA – Javier Arnaiz
Las apariencias engañan
32 VIAJES MEMORABLES Niagara Falls
– Manuela Plasencia Cano
35 LOS BOTICARIOS – Marisol Donis
Un pueblo singular
37 DESDE EL CALLEJÓN – Rosa Basante Pol
De las pinturas de Fernando Botero (1932-2023) a
la despedida de los ruedos de Julián López: "El Juli"
38 BOLETÍN DE INSCRIPCIÓN – SOCIOS AEFLA
39 PREMIOS – CONVOCATORIAS AEFLA
41 LIBROS – José Félix Olalla
43 CUPÓN DE PEDIDO – LIBROS PHARMA – Ki
44 ACTUALIDAD AEFLA
50 AL CIERRE – La Academia de Farmacia de
Cataluña en el corazón de AEFLA

Furtivos

M^a Ángeles Jiménez

Legado el momento empezó a haber nervios. La historia venía de un par de semanas atrás. Los retos formaban parte de los incentivos de la vida, y aquel grupo jugaba con ellos desde que eran unos tiernos adolescentes. Nadie se libraba de la tensión y las sensaciones de posible culpabilidad si algo fallase. Importaba y mucho la confianza en uno mismo, pero también en el grupo, en el conocimiento preciso de la labor individual y de aquella parte del hacer colectivo que formaba parte del engranaje final.

—¿Repasamos otra vez? —preguntó Juan Devotos a su amigo Miguel Espejo.

La mirada firme de Juan añadía coherencia a la pregunta que había dirigido a la persona que estaba sentada frente a él en aquel despacho, sobrio y funcional, que les albergaba temporalmente. Una fuerte amistad les unía desde hacía muchos años, de ahí que ambos conocieran de sobra las obsesiones mutuas.

—Todo está conforme al plan. Dos allí y otros dos en reserva dispuestos a sustituir a cualquiera —confirmó Miguel haciendo como si lo consultara en las hojas que tenía delante—. Es de lógica que cada uno haga el papel que mejor se le da. Todos lo hemos aceptado así.

—Sí, claro. Y el seguimiento a Lourdes hasta el aeropuerto confirmará que el camino queda expedito por tres días —ratificó Juan.

El objetivo se perfiló de inmediato, eso era lo fácil. Las alternativas desaparecieron casi por completo una vez definidos los puntos críticos y confirmada la oportunidad. El beneficio podía ser extraordinario. Pero eso, sinceramente, había terminado por ser lo de menos. En el fondo, lo que de verdad les motivaba era superar el reto.

Y el reto había surgido sin bus-

carlo. En aquella tarde de mayo, la clase de Protección de Sistemas Híbridos era la última del día y de la asignatura. Lourdes Zollada, la empática profesora que la llevaba, no se había salido ni un ápice de sus dinámicas habituales. Quería que aquellos alumnos, sus alumnos, aprendieran al menos a desconfiar de la seguridad que pretendía enseñarles. Lo advertía de una y mil formas porque consideraba que una de sus enseñanzas imprescindibles era evitar toda conformidad superflua. Practicaba con el ejemplo. Todos sus alumnos sabían que el ordenador que cada día sacaba de su bolso y en cuyo puerto enchufaba el cable de proyección era una terminal destinada únicamente a su labor académica. Un escritorio vacío y una barra de herramientas anodina pretendían confirmar la carencia de información privada en aquel ordenador. Pero había rumores, muchos rumores de que la cautela que mostraba siempre en realidad era una pantalla que protegía su verdadera personalidad. Algunos rumores hablaban también de una probada capacidad para colarse en lugares de muy alta protección de aquella mujer delgada, de estatura media, con gafas de ligera miopía y cabello rubio cortado en media melena, una apariencia que casi nadie asociaría con la de un ceberito informático.

—Estáis locos. Qué más quisiera yo —solía responder ella a toda indagación de los alumnos al respecto.

Aquel día la sorpresa llegó para los 25 alumnos presentes cuando Lourdes Zollada pasó a la que sería la antepenúltima de las diapositivas del tema 31. La proyección mostró un esquema complejo en el que destacaban algunas zonas claramente ocultadas. Con atajos descriptivos, explicó que el examen consistiría en resolver un planteamiento, pero solo aclaró que *aquel* era precisamente el *planteamiento* tras avanzar a otra pantalla en blanco. Nada había hecho sospechar a los alumnos que sus destinos quedarían enraizados con aquel bosquejo al que no habían



prestado atención distraídos por la proximidad del final de la clase. Los 15 segundos que el esquema había permanecido expuesto no habían sido suficientes para despertar sus sospechas; tampoco los escasos 10 que permaneció la siguiente pantalla, dificultada su lectura por un fondo negro en el que el texto resaltaba con una claridad matizada. Remarcando como tantas veces que había otros acercamientos posibles, refirió con absoluta franqueza que sí, que esa era *su solución* mientras cerraba el ordenador y lo desconectaba de su ligazón con el proyector. El brillo plateado de la extraña pegatina del caballo alado, más que familiar ya para ellos, destacó claramente cuando introdujo el aparato en su bolso.

El espíritu maquinador, de larga trayectoria en el grupo, se puso en marcha de inmediato. Cerrado el acuerdo de hermandad con las palabras justas y un par de sesiones de cañas, las jerarquías de posición se consideraron pronto establecidas y las de función asumidas. Era obvio que no sería fácil llegar al fichero, pero estaban seguros del lugar donde tenían que buscarlo. Sabían que Lourdes Zollada no era una pardilla, y estaban convencidos de que aquella demostración de poder era un desafío consecuente con la filosofía que pregona.

Aquella última mañana Juan y Miguel no estaban solos en el despacho, Lorena Fuegos y Héctor Perlas ocupaban sus lugares frente a los equipos informáticos.

—¿Cómo lo lleváis? —dijo Juan levantándose para acercarse a los informáticos—. Danos los detalles, por favor.

—¿Tú sabes lo difícil que es explicar algunas cosas a ignorantes como vosotros? —preguntó Héctor a modo de respuesta con el tono socarrón que acostumbraba.

—No te pases, listillo —se adelantó a contestar Juan—. Todavía podemos mojarle la oreja.

—No lo creo, pero voy a ser condescendiente... Como sabéis tenemos que saltar un par de redes SSID que están por medio. Una de ellas abre la puerta de la casa. Las dos con la habitual encriptación de 20 dígitos. También hay una alarma con protocolo ISS y microrredes internas que dan servicio a determinados aparatos, pero ya hemos accedido a todos sus IPv5. En los rastreos que hicimos no detectamos trampas —añadió Héctor mientras abría los brazos tratando de estirar la musculatura—. Reconocedlo, es muy difícil resistirse a gente de *auténtico nivel* como nosotros.

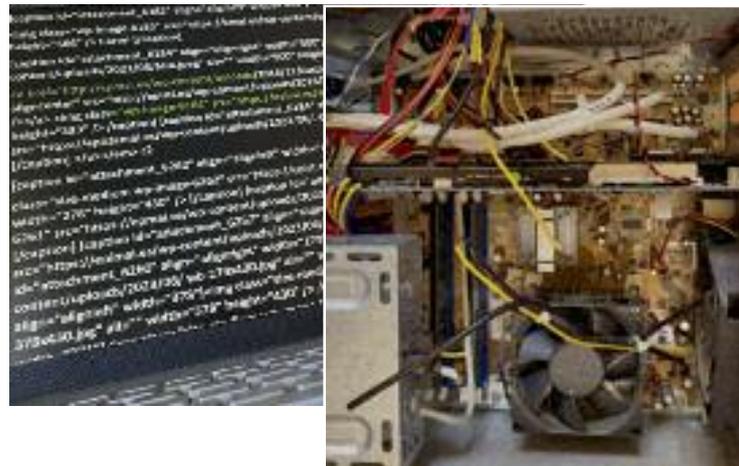
—Más os vale... ¿Y en definitiva...? —quiso forzar Juan la concreción.

—Sincronizaremos las caídas de las redes apenas estéis cerca de la puerta —intervino Lorena por primera vez—. Eso dejará también anuladas las cámaras. Lo demás es cosa vuestra. Seguro que el maldito ordenador del caballito alado está listo para contar sus secretos.

—Confiemos en que sea así. Sería raro que Lourdes Zollada se lo llevase al finde largo que va a hacer —concluyó Miguel.

Todos eran conscientes de la enorme dificultad de lo que querían emprender. Imaginaban que el ordenador estaría allí, en algún lugar de la casa más o menos visible, pero que acceder a su interior no sería coser y cantar.

—Tendréis que espabilar, seguro que tiene algún atrapamoscas escondido —reiteró la advertencia Héctor—. Quiero mi sobresaliente, pero no que nos pillen.



El asalto concluyó con el éxito de ejecución que esperaban. Juan y Javier Rueda, el último componente del grupo táctico, entraron sin mayores complicaciones en la vivienda de la profesora, un pequeño chalet adosado de dos plantas. El seguimiento a Lourdes y su pareja había confirmado que esa noche estarían lejos de allí, tan lejos como que su prioridad sería adaptarse al suave acento irlandés en *The Temple Bar* de Dublín. Aunque dificultada la visión completa por la escasa luz que podían desplegar, fueron conscientes de haber llegado al lugar apropiado apenas se asomaron al amplio ático. Las paredes tapizadas por largos anaqueles repletos de cientos de libros indicaban que aquel era un lugar especial para Lourdes y su pareja, un químico industrial. El portátil con la pegatina del caballo alado, aunque bajo unas cuantas carpetas azules con el logotipo de la Escuela, quedaba perfectamente a la vista sobre una de las dos mesas de trabajo. Para sorpresa de Juan, el acordado responsable de aquel paso, crucial en esa noche, al décimo intento de teclear

posibles contraseñas empezó a sonar la música de acceso al escritorio y al él se le escapó un ligero suspiro de alivio. Después de todo, algo conocían a su profesora, susurró a su amigo. Y, sí, allí estaban las clases. Siendo precavido ante la posibilidad de que la entrada fuera detectada si introducía algún dispositivo en el único puerto disponible, su plan era fotografiar cada una de las pantallas y dejar el ordenador en la mismísima posición en la que lo habían encontrado.

Una vez localizada la clase del tema 31, eligió el formato de clasificador de diapositivas y abrió la antepenúltima. Sí, ese era el esquema que Lourdes les había mostrado, incluidas las zonas ocultas, que ahora podía revelar. Capturó la página varias veces. Tal y como esperaba, pasó página y apareció la diapositiva blanca. Al acceder a la pantalla siguiente no pudo retener una sonrisa de satisfacción al mostrarse la diapositiva con fondo negro. Allí estaba expuesto su objetivo, el motivo de tanto riesgo como habían asumido.

—Aquí está, hermano. Lo logramos —murmuró Juan volviéndose hacia su amigo, que seguía la escena a su derecha con la respiración entrecortada.

—Amplíalo, es difícil de leer. A ver... —intervino Javier—. Un momento... Juan, pero ¿qué es esto? Ahí no está la respuesta al examen... Lo que está escrito es...

—...un mensaje para nosotros —continuó Juan la frase en tono neutro—. Sí, está claro. Sabía que nos esperaba alguna trampa, pero no imaginaba algo tan directo. Será...

—“Queridos alumnos —empezó a leer Javier las negritas del galimatías de texto que llenaba por completo la pantalla—, no esperaba menos de vosotros que haber conseguido llegar hasta aquí. Pero, no, las soluciones que buscáis no están en el ordenador. ¿Cómo iban a estarlo?”.

—“Mi tarea es enseñaros sistemas de protección —continuó leyendo Juan—. Me temo que el que he ideado esta vez se sale de vuestro mundo digital... Tenéis la solución a vuestro alcance, pero me temo que tendréis que revisar página a página los 2.000 libros y 30 archivadores que tenéis alrededor. Aunque os parezca mentira, el texto con la solución sólo está escrito en papel y oculto en su propio Mar de la Tranquilidad. No hay mejor seguridad que esa. Podéis poneros cómodos, os queda mucho trabajo de búsqueda y a nosotros muchas pintas que disfrutar. Dublín es una ciudad muy animada”.

—¿Y ahora qué hacemos? —musitó Javier.

—Nada... —contestó el reconocido líder del equipo con su mente trabajando en la solución—. Capturar la imagen según el plan y desistir. Pero no le daremos el gusto de saber que nos ha vencido. Esta pifia nunca ha existido, ¿estamos? Venga, dejemos todo como estaba y salgamos de aquí.



En los días siguientes a ninguno de los miembros del grupo se le escapó la más mínima insinuación sobre lo que había pasado. Compartieron entre ellos el caso que tenían que superar y procuraron prepararlo con sumo cuidado. Todos se tomaron la molestia, imprescindible, de crear un fichero nuevo en el examen. Los metadatos hubieran revelado un claro desfase en la fecha. Terminada la prueba Juan se levantó para marcharse, Lourdes se acercó a él y le siguió hasta la puerta de la sala.

—Nací analógica y mucho antes que vosotros —le dijo en voz baja pero perfectamente audible para él—. Las cartas marcadas también pueden ser tramposas. Te espero el curso que viene.

—Aquí estaré —respondió Juan volviéndose hacia ella y confirmando con el lenguaje gestual lo que sus cuerdas vocales acababan de comprometer. ■



Recuerdo

Juan Jorge Poveda Álvarez

Recuerdo el día que todo comenzó. Recuerdo el olor a azufre en el ambiente, el ruido de las llamas crepitando en la madera, los gritos de pánico de la muchedumbre que corría enloquecida de un lado para otro. Recuerdo el avión que apareció de nuevo en el horizonte, descargando machaconamente su carga mortífera sobre las casas que todavía quedaban en pie, las cuales, tras el estallido de las bombas que impactaban sobre ellas, caían cual castillo de naipes frente a una ráfaga de aire. Recuerdo al hombre que compartió su vida tantos años conmigo, volando por los aires como una brizna de hierba con la que jugase el viento, cuando la onda expansiva de una de aquellas bombas le alcanzó de pleno. Pero lo que más recuerdo, es el niño que llevaba en mis brazos, nacido de mi seno hace casi cinco años, alcanzado por un trozo de metralla candente que

en su pequeño pecho un agujero por el cual podría haber introducido mi mano de lado a lado.

Enloquecí. Pequeña, menuda, no llegaba a pesar ni 50 kilos, toda mi vida había cambiado en un instante. La seguridad de un hogar, de un compañero, de una familia, de una vida rutinaria, había saltado por los aires en el instante en que un loco envió a su ejército contra nuestro pueblo. Me parece un lujo pensar en lo que aparentaban ser problemas insalvables en el trabajo, ese cliente insatisfecho que nunca está conforme, con mi marido, discutiendo donde iríamos de vacaciones el siguiente verano, con mis amigas, si el próximo verano se llevaría el color rojo o el azul, con mis vecinos, si pintábamos la fachada del edificio o mejor lo cubríamos de losetas, o con mi hijo, sobre la verdura que más se ajusta a sus gustos. Ahora el único problema era sobrevivir un día más, una hora más, un momento más. Como cambia la vida en un instante.

Enloquecí. No puedo explicarlo de otra forma. Enloquecí. Solo recuerdo que se levantó una niebla repentina. Topé con un soldado de mi ejército, caído de bruces frente a mí, cubierto de sangre, con una larga bayoneta colgando de su cinturón. Larga, brillante, reluciente. La estreché entre mis manos. La niebla se hacía más espesa. Comencé a andar sin ver más allá de mis narices. Frente a mí aparecen dos hombres. El uniforme y el idioma me son desconocidos. Son el enemigo. Aquellos que van dentro de los aviones bombardeando sin piedad nuestras ciudades. Me ven.





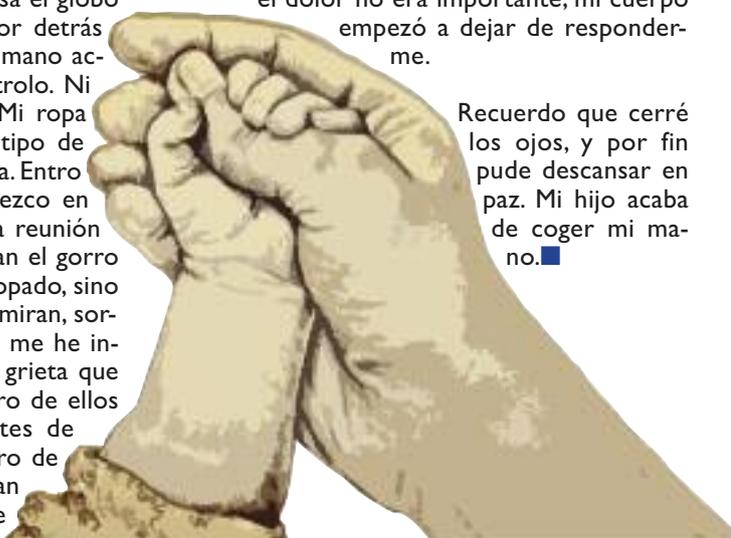
Sonríen ante su buena fortuna. Pensamientos oscuros cruzan sus cabezas. Se acercan mucho. Mi mano se mueve sola. La bayoneta es su cómplice. Profundos tajos aparecieron en los cuellos de los soldados. La sangre brotó al instante, contrastando su rojo brillante con la blancura de la niebla. Seguí andando mientras los soldados caían al suelo entre gorgojeos sanguinolentos. Un vehículo militar parado. Un conductor con el mismo uniforme que los finados. Sonríe al verme acercarme. La bayoneta le atraviesa el globo ocular, mientras su punta aparece por detrás del cráneo. Estoy en una película. Mi mano actúa por voluntad propia. No la controlo. Ni quiero controlarla. Sigo caminando. Mi ropa sucia y manchada no delata ningún tipo de amenaza para nadie. La niebla se aclara. Entro en un edificio medio derruido. Aparezco en mitad de lo que parece una pequeña reunión de oficiales enemigos, ya que no llevan el gorro de los soldados con los que me he topado, sino bonitas gorras de plato. Los tres me miran, sorprendidos por la facilidad por la que me he introducido en la sala, por la estrecha grieta que hay en una de sus paredes. El primero de ellos no puede preguntar nada, pues antes de abrir la boca, tiene la bayoneta dentro de su estómago. Mano y bayoneta juegan con sus intestinos. Los otros dos me atrapan al instante.

Muñecas y tobillos atados a una silla. Sentada, medio desnuda, mi cuerpo recibe golpes que no siente. Chillan, gritan, preguntan, en un idioma desconocido, y a veces también en el mío, pero mi cerebro se niega entender ninguno de los dos. Más golpes. Uno de los oficiales saca un pequeño cuchillo con el que hace brotar la sangre de mi cara. Luego de mi brazo y mi pecho. Sigo sin sentir nada. Al ver mi pecho lacerado pienso en el agujero que tenía mi hijo en su torso. Caen lágrimas por mis mejillas pensando en él. Ángeles al cielo.

Se oyen de nuevo los aviones. No sé de qué ejército serán, pero una bomba cae en lo que quedaba de techo del edificio. La explosión nos afecta, destrozando carne, huesos... y la silla. Una de mis manos es solo un guñapo de masa rojiza informe. Y por uno de mis ojos no veo nada. Pero con el otro veo la bayoneta. Sigue larga, brillante, reluciente. Todo el polvo del universo no podría eclipsarla. Mi mano indemne y ella se buscan, se encuentran, se independizan de mi cerebro, y las veo como arrastran al resto de mi cuerpo hacia los dos oficiales que empiezan a levantarse del suelo. Son rápidas. No tienen piedad. La mano ayuda a bayoneta a hundirse repetidamente en las carnes de ambos oficiales. No tienen piedad.

Aparece un soldado para comprobar los daños tras el estallido de la bomba, mientras mano y bayoneta están jugando con los dos oficiales. Me mira sorprendido. Carga su arma y veo como de ella salen docenas de moscas luminosas hacia mí, introduciéndose en mi carne, y aunque el dolor no era importante, mi cuerpo empezó a dejar de responderme.

Recuerdo que cerré los ojos, y por fin pude descansar en paz. Mi hijo acaba de coger mi mano. ■



El tercer tren

Andrés Morales Rotger

Un tren parte de Barcelona a las 7.00 de la mañana. A la misma hora parte otro tren de Madrid. La línea entre ambas ciudades es de 600 Km. El tren de Barcelona circula a 50 Km./hora. El Talgo de Madrid, a 100. ¿A qué hora se cruzarán ambos trenes? ¿a qué distancia de Barcelona tendrá lugar el encuentro?

Se disponía a repetir su mueca preferida, seguro: don Alberto estaba a punto de sacarnos la lengua. Pero en el último instante se abstuvo. ¡Lástima! Probablemente, el temor a rasparse la lengua con el cepillo de su bigote lo disuadieron. Don Alberto abrió muy redondos los ojos tras unos espejuelos mínimos. Pensaba. Cuando a don Alberto se le ocurrían pillerías permanecía sonriente con la vista fija en una chincheta del tablón. Permanecía frente a la pizarra ensimismado y, de pronto, enmarcaba en blanco la palabra examen y botaba la tiza al cajón. Luego, sin volver la vista atrás echaba a andar por el aula, sacudiéndose la nube de yeso que flota permanente sobre su cabellera erizada de vectores. Él era así. Por eso, por su confusa melena, por sus espejuelos de sabio, por su mostacho rasposo, por su lengua prófuga, don Alberto fue para nosotros siempre Einstein.

A don Alberto o a Einstein le encantaba jugar a trenes con nosotros. Al típico problema de trenes. Sin previo aviso nos ordena despejar los pupitres y disponer una hoja en blanco para una evaluación. Y era potente su voz, como la de aquellos jefes de estación de los años cincuenta cuando se les oía entonar lo de pasajeros al tren. Sobre todo que nadie olvidara el equipaje y anotar la fecha, curso y nombre en el margen de la hoja en blanco. El vozarrón de don Alberto se perdía por los andenes del aula entre voces que se despedían con un hasta pronto o hasta el próximo recreo o hasta septiembre, como si en breve aquella fila de pupitres hubiera de transformarse en tren y emprender un largo trayecto.

Y en esos momentos previos al examen, cuando tras un crujido de pupitres viejos el convoy se estremece, un inconfundible escozor removía deseos de adolescentes y carbonilla en mis lágrimas. Un tren parte de Barcelona a las siete de la mañana, enunciaba don Alberto desde una esquina. Chaval, como no espabilas pisaremos el apeadero pasadas las siete, renegaba mi abuelo en la cocina de casa.

Con una galleta a medio untar en la boca, mi cartera y yo nos acomodábamos en el asiento del astroso Ford que nos acercaría al apeadero. También, envuelto en humo, un tren perforaba la madrugada esparciendo nubes de vapor. Por eso me identificaba yo tanto con los problema de trenes, porque a diario abordaba uno para ir a la escuela; eso sí no me daba por fumar-me clases y correr al encuen-

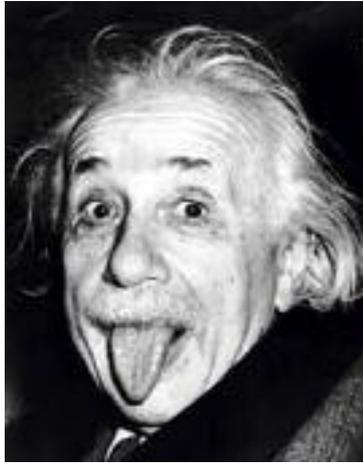
tro de Carmen, la hija del guardaguasas. A la misma hora, seguía dictando don Alberto, un tren parte de Madrid con destino a Barcelona. Las siete de la mañana en el apeadero. Bajo el cono amarillento de la única luz, yo me confortaba saltando sobre uno y otro pie, en un intento de patear el frío que dormía pegado al andén.

Al abrigo del tibio contraluz como única fuente de calor, don Alberto continúa con el dictado: la línea que une Madrid con Barcelona tiene seiscientos kilómetros. El sol asistía a clase agarrado de las motas de tiza y, en los vagones, la calefacción transformaba los compartimientos en auténticos salones de lujo. Y al término del trayecto, el mismo torrente de cabezas presurosas y los olores del tranvía y los bostezos del autobús y, al cabo, otro tranvía, azul, pequeñito, de juguete, y al final una cuesta que se remontaba rezongando hasta la verja del colegio. Un trayecto cuyo claroscuro me invita cada día a apearme del tren y escapar tras el rastro tierno de Carmen y su luminosa tristeza.

El viejo Einstein fija los ojos en las franjas de luz peinadas por las persianas. Sonríe. Al fin parece recuperar esa memoria suya un tanto castigada y se ratifica en que sí, que el tendido es de seiscientos kilómetros. Y yo tracé dos paralelas a lo ancho del papel. Dos trazos de hierro enrejados de traviesas que unen Madrid con Barcelona. Dos rieles que confluyen en el infinito con varios desvíos interpuestos para burlar al destino.

Cojeando por los raíles, asoma por Barcelona un tren boji-
toje entre chispas y soplidos. Circula a cincuenta por hora, a una velocidad que supondremos constante, afirma don Alberto. Y el sol se estiraba sobre los rieles como animando a la locomotora para que echara a andar. Un vagón de tren era, en aquellos años, un álbum de pensamientos en color sepia. En una estación de pequeña velocidad el tren se toma un descanso y yo me veo en ese álbum de la mano de mi abuelo, tronchando contra las vías los viales que me recetara el pediatra. Me veo de chaval, cuando llenaba horas con-





templando una vieja locomotora, maquillada de alquitranes y desajustada de ejes, arrastrar un vagón hacia acá, empujarse otros dos hacia allá, y de luego a luego, tres vagones más allá de allá, hasta formar un tren interminable y caer muerta en su vía muerta. Y me veo de muchacho, cuando junto a la manga del agua me polucionaba de humedades, imaginando a Carmen y el olor de sus quince años agarrado a los cabellos.

Tras sacudirse la nube de yeso, don Alberto nos anuncia que en vía doce, el tren Talgo del examen con destino a Barcelona efectuará su salida a las siete cero cero. A un promedio de cien por hora, la estación deja atrás la ciudad, el campo a la estación, el río a los campos, la montaña a los ríos, las nubes a las montañas, el sol a las nubes, los rieles al sol, y el Talgo deja atrás los rieles, brillante como un muelle de acero al que hubieran soltado de golpe sobre las vías. A cien kilómetros de promedio, no lo olviden. Y tras un leve traqueteo de pupitres, la pregunta clave del ejercicio: ¿a qué hora se cruzarán ambos trenes?, toses nerviosas, ¿a qué distancia de la ciudad de Barcelona tendrá lugar el encuentro?

—Pueden comenzar.

Le eché una mirada al reloj. Fácil. Un par de operaciones y anotar el resultado al pie de dos paralelas enrejadas de traviesas. El reloj del apeadero marcaba las siete en punto. Cuando sean las once, ambos trenes se encontrarían a doscientos kilómetros de aquí. Cuatro horas dan mucho de sí. Decidí escapar de Barcelona en el primer cercanías. Me apetecía observar cómo un poste perseguía a otro poste, cómo una valla perseguía a otra valla, cómo un descampado perseguía a otro descampado.

—Billetes, por favor.

Con el paso del tren el paisaje cobraba movimiento, se desparezaba, se sacudía el frío.

—Sus billetes, por favor.

El cielo, negros pinos aún en pijama, el mar. Un apeadero. El tren que se detiene para dar paso a un mercancías.

—Perdón, joven; pero en lugar del billete me ha entregado un ejercicio de álgebra.

Todos los trenes tienen parada. Antes de finalizar el trayecto, la vida ofrece multitud de trasbordos en distintas direcciones. Y yo me apeé en aquella estación

donde el azar puso en mi camino ese cuerpo de anuncio de colonia que Carmen pasea por las vías. Estaba en mi derecho: había resuelto el examen y disponía de tiempo hasta las once para llegar al punto de encuentro de ambos trenes. La busco, ¿no la han visto por aquí?; la busco entre el brezal que encubre a una locomotora muerta en su vía muerta, pregunto por la hija del guardagujas, lleva una camisa sucia amarrada por las puntas y faldas muy flojas por encima de sus piernas de mujer prohibida, ¿no la han visto?, gracias, gracias, dispongo de tiempo; y más allá entre tinglados, ¿no?, gracias, y allí tras los silos, ¿no?, gracias, y acullá en la cantina, ¿no, tampoco?, gracias, y aquende en consigna, ¿que nadie la ha visto?, gracias de todos modos. Aún dispongo de tiempo hasta las once.

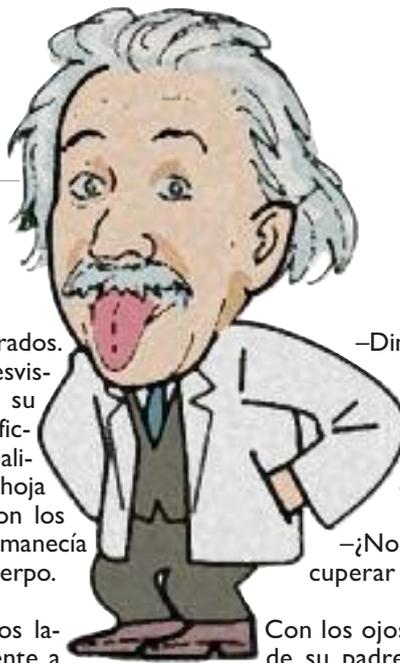
Una lagartija desaparece bajo los calces de un vagón entre cuyos topes se alza la tejavana del freno de mano. A Carmen le agradaba contemplar la máquina de maniobras desde allí. Conforme me aproximaba al furgón del freno, un cosquilleo admonitorio me advirtió de la presencia de una hembra y sus latidos.

Escruté el vagón con ojos impacientes.

Escalé la escalerilla de fierro viejo de la cabina. De pronto, mi mirada tropezó con una camisa sucia y el temblor de unos senos que la declaraban menor de edad. Unas piernas fibrosas me esperaban en el pequeño habitáculo enclavado entre los topes del vagón. Pero cuando Carmen me tuvo frente a ella no me habló. Me rehuyó el primer beso y vi el brillo de una lágrima que le había quedado suspendida en el rencor. Durante un minuto se negó a dirigirme la palabra; aunque pronto encontró razones atenuantes que justificaran mi indulto.

—Has tardado mucho en regresar a por mí.

Un beso soflama mis labios. Estábamos cerca, frente a frente; pero los labios separan tanto. El ruedo de una falda separa tanto. Separa tanto el tiempo cuando no se dispone de él; a las once en punto un tren de Barcelona se ha de cruzar con el Talgo de Madrid para que se cumpla la ecuación del problema. Debía pensar en el regreso. Intenté echarme atrás, pero a mi espalda todo era pared; o hacerme hacia delante, pero enfrente tenía a Carmen y todo ese calor perfumado que le nacía del cuerpo. No me quedó más opción que ceder a la iniciativa de Carmen y a su habilidad para echarme abajo los vaqueros, mientras yo cerraba los párpados y me desatendía de lo que pudiera suceder a partir de ese momento. Tenía tiempo hasta las once.



Pero la seguía viendo, aun con los ojos cerrados. Y sin verla supe que, en cuanto ella me desvistiera, no podría ignorar por más tiempo su cuerpo de animal núbil, de gata cariñosa y ficticia. Apreté los párpados para evadir la realidad de su piel y me puse a pensar en la hoja medio en blanco del examen. Pero aun con los párpados prietos la realidad de Carmen permanecía junto a mí con todo su calor pegado al cuerpo.

—Llevo días deseándote —ella me separa los labios con sus labios y yo abro los ojos frente a la claridad despiadada de sus ojos—. Pero no son tus labios, sino tu voz. Deseo apropiarme de todas esas cosas que escucho en tu voz.

Sus labios se habían separado de los míos pero un conjuro azul y prodigioso permanecía intacto frente a mí.

—Disculpa —fue una excusa innecesaria, seguida de una sonrisa audaz, de unos ojos metidos en agua y de una boca que descendía por mi vientre dejando un rastro de iones invisibles y otras semillas de ese universo suyo de acero y grasa. Al rato mis párpados se abrieron al ventanuco donde dos rieles equidistantes confluían en un infinito sin tiempo.

Pero no hay desvíos interpuestos para burlar al tiempo. Einstein ya había relativizado fuera de programa sobre el binomio espacio tiempos. Pero ni una palabra sobre la enemistad entre el tiempo y la pasión.

—Disculpa —me anunció con los ojos—: Hoy voy a escaparme contigo. Quiero que me arrastres lejos de este mundo de grasa y carbonilla. Que me lleves más allá de donde acaban las vías.

Me pasé una mano por la barbilla, copiando el gesto de mis héroes de cine. De forma involuntaria había dado un paso atrás para retirarme del tacto candente de Carmen y sus caprichos infantiles. Me alejé lo más que pude amparándome en mi examen, en el Talgo y ese tren de Barcelona que debían encontrarse en un lugar y a una hora en concreto.

Un puñetazo de hierro sacudió la estructura del viejo furgón. Mientras el vagón testigo de nuestro encuentro era arrastrado a otra vía, ella sacudía la cabeza como si no entendiera lo que le estaba contando.

—Prometiste no volver a dejarme sola.

No creí que me atrevería a abandonarla con todo lo que hay por decirse en ese último instante, que por mucho que nos dijéramos, todo parecía mal dicho; y tú ahora quieres decirme a mí, y yo quiero que tú me digas...

—Dime al menos por qué te vas.

Don Alberto ruega silencio. En las pupilas de Carmen flotaba una niebla gris que se extendía hacia mis ojos.

—¿No puedes posponer ese examen? O recuperar la evaluación, ¿sí?

Con los ojos me acompañó al puente desde donde su padre teje y desteje la compleja telaraña de carriles y desvíos desde el cuadro de control.

—¿De veras no puedes? —En manos de Carmen estaba detener ese tercer tren que ni era Talgo ni correo ni formaba parte de mi examen. Un tren al cual podía detener a voluntad para que yo lo abordara; o darle vía libre y retenerme definitivamente a su lado.

A requerimiento de la señal en rojo se detuvo un semidirecto que debía alcanzar el punto de encuentro antes que el Talgo o el correo efectuaran su entrada. Ella me exigía un compromiso y yo nada podía prometerle. Desaparece. Ya no existe. Boca fresca, piernas morenas de jugar al sol. Sublimada como hielo al viento. Sólo un rastro de iones invisibles en mi piel.

—Vayan concluyendo el ejercicio.

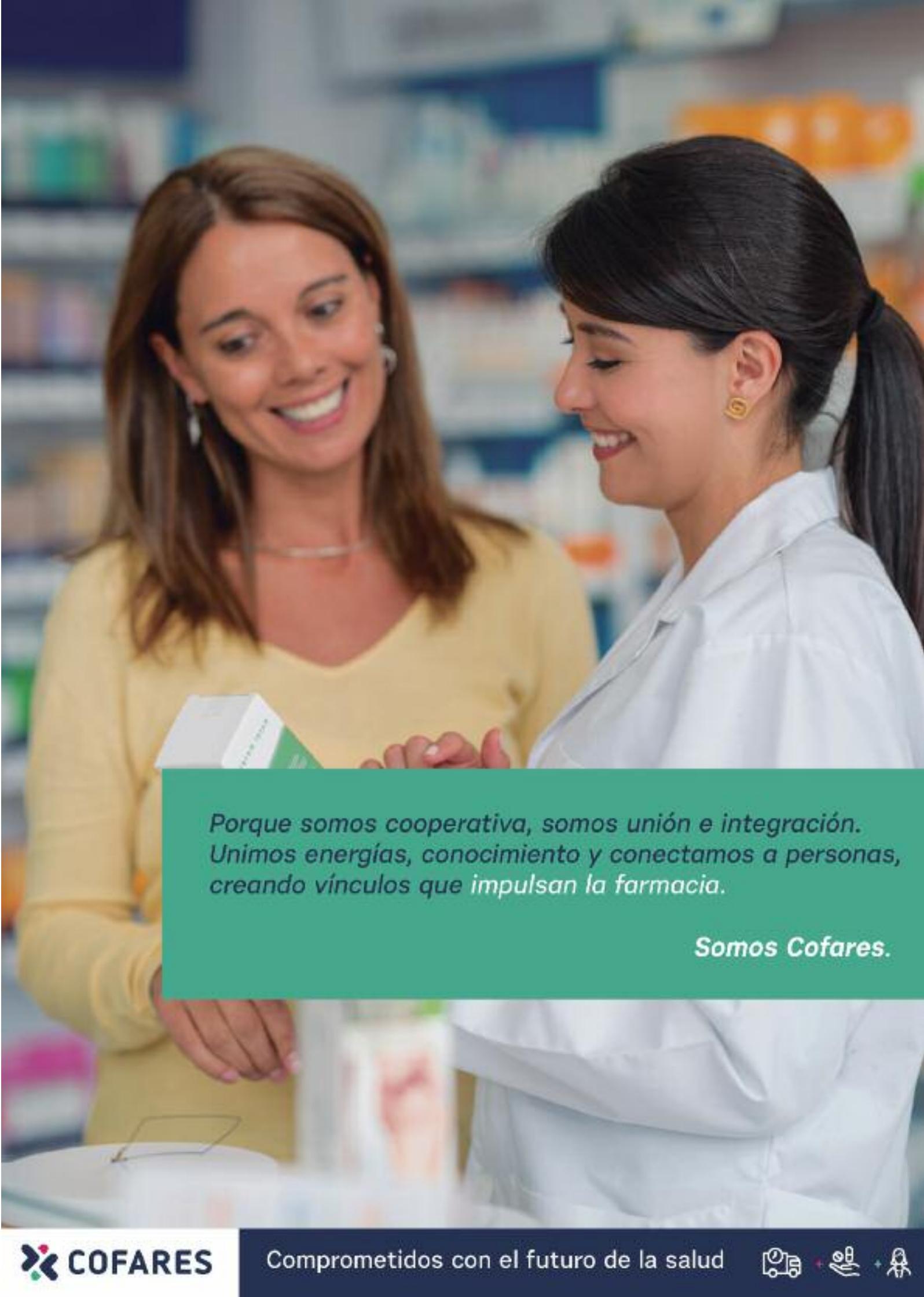
Tras unos espejuelos mínimos, Einstein le dedica una sonrisa de bienvenida al tren de bancos al finalizar su recorrido. Refrena la marcha, los postes siguen a los postes, las casas a las casas, las calles a las calles y con el pulso muy lento se detiene: las once menos dos minutos. El tercer tren, ese tren que Carmen detuvo para mí, llegó justo a tiempo. Apenas si me había apeado y ya se anunciaba la entrada del Talgo por la vía dos. Compruebo la hora en la esfera de la estación: el correo procedente de Barcelona estaba entrando por vía uno.

Y de pronto, como si hubiera recuperado la memoria, don Alberto nos enmarca en blanco la palabra entreguen y bota el trozo de tiza al cajón. Los pupitres se contraen con estruendo de frenada y mis compañeros de examen se agolpan por los pasillos con intención de cotejar el resultado.

Pero yo había decidido no apear-me aún. Estaba convencido de que don Alberto estaba a punto, sí, de sacar la lengua. Pero en contra de mis conjeturas se descabalgó los espejuelos, les echó el aliento y frotó los cristales con el pañuelo de bolsillo.

—Anda, date prisa: ve por ella, chaval.■





*Porque somos cooperativa, somos unión e integración.
Unimos energías, conocimiento y conectamos a personas,
creando vínculos que impulsan la farmacia.*

Somos Cofares.

Trecientos segundos

Rafael Borrás

Sus ojos gemían desenfocados e implorantes, con esa entrega incondicional de quien necesita ayuda a cada momento. Mi ayuda. *No me mires así*, susurré, *estás acabando con mis nervios*. El vaho del agua, igual que una bruma fermentada, me provocó una tos ronca y precipitada. Trastabillé al caminar sobre el suelo mojado. *¡Maldita sea!* Mis pies descalzos resbalaron. Escudriñé la palangana como un druida ante el caldero. Fluía una aleación semilíquida de costras, pelos, espíritus malignos y secreciones que acababa de exorcizar del cuerpo de Sara y que no evitaría el desenlace. Y un lamento mohoso. Y el silencio. Sara temblaba, ausente y pálida, con el frío del tiempo metido en cada partícula de su organismo.

Entonces me percaté de que se me había mojado el reloj en el agua, caliente como caldo grasiento. *Ya me lo he cargado*, maldije entre dientes.

Durante el baño sostenía la esponja en una mano metida a intervalos en el agua, el reloj en la otra muñeca, un reloj de cuerda que ahora tenía la esfera empañada, sudando humedad. Con su cabeza en mi mano derecha saqué el brazo izquierdo de la palangana y desabroché la hebilla con los dientes. Aprehendí la correa y agaché mi cabeza con el reloj en la boca hasta dejarlo en un lado, junto a la arcadia químico-santera: desinfectantes, tabletas de antiinflamatorios, vendas, ungüentos milagrosos, jeringas, amuletos, un frasco de agua de colonia y una estampita de la Virgen de Regla que aportó Julia para que librara a Sara de sufrimientos.

La campana de la puerta se escuchó en el zaguán, luego la cadencia parsimoniosa del caminar de Julia por el pasillo. No parecía haber nadie más, por fortuna los niños estarían jugando arriba. Un craqueo de cerrojo, pasos, cuchicheos de una conversación apagada. *Que no le escuchen, por Dios*, deseé receloso. Desvié

los ojos al reloj sobre el paño. Se había evaporado la humedad de la esfera, marcaba las dos y media. Siempre puntual este hombre, me dije. Y entonces me sorprendió el que mi reloj de cuerda funcionara a pesar de haberse mojado. Un consuelo huérfano de razón en aquellos minutos de tristeza.

Meses sin poder caminar. Apenas podía enderezar el cuello cuando le administraba el jarabe con una jeringa, las articulaciones, retorcidas por la artrosis, cedieron al fin sin posible retorno. *El Tiempo siempre termina por echarte el guante*, sentenció en mi interior. En las últimas semanas debía sostenerla para que orinara, lavarla dos veces al día ya que no controlaba los esfínteres, velarla por las noches, vigilar su descompensada respiración. *Me estás matando poco a poco*, quise gritar. No fui capaz, sofocado por el calor de aquella minúscula sauna, por la angustia ante lo inevitable. *Vas a acabar conmigo*, y *lo sabes, como supiste desde el día que pisaste esta casa que me ibas a tener incondicional todo el tiempo*.

Sara limpia y con el pelo seco, ese pelo entrecano de siempre. Ay, los inconfundibles mechones pelícanos de Sara. Los ojos gris-verdosos como musgo del valle, ahora entrecerrados, la cabeza recostada en mi antebrazo y las extremidades inmóviles. La rocié con agua de colonia a falta de párroco y Santos Óleos. Acostada cuan larga era, bajo la manta, no parecía tan flaca, tan ahuepada, tan frágilmente inexpresiva, pacífica hasta el final de su larga existencia. Un puro esqueleto, con esa delgadez extrema de quien ha resistido el largo asedio de la muerte. Dejé en el suelo la palangana con el mejunje turbio, la esponja amarillenta flotando en la superficie.

Comencé a acariciarla y reconocí su piel llagada y los bultos

bajo las axilas, fruto de la dolencia que había sido su verdugo, el tacto gélido de las mejillas, las esquinas angulosas de su cuerpo y la papada como pellejo flácido bajo



la cabeza inerte. Y temblé, aun sin proponérmelo, porque reconozco que soy vulnerable y puedo llegar a asustarme de mi propia ternura.

Un sobresalto. El chirrido de la puerta a mis espaldas. Entraron como en un santuario y pasaron por mi lado rodeando a la moribunda. Julia miraba la pared con un grumo de derrumbe en su bonachona presencia. Ernesto, con su maletín negro de asas, me comentó algo que apenas entendí. Se acercó a Sara, le tomó el pulso, le levantó los párpados y luego nos miró interrogante, como esperando una venia. Julia asintió sin mediar palabra, se recogió el delantal, dirigió su mirada al techo y huyó de la habitación. Yo no supe reaccionar, aunque no hubo necesidad puesto que el veredicto no admitía matices.

Con la minuciosidad de un calígrafo frente a un incunable, Ernesto extrajo sus utensilios del maletín. Cada uno de sus gestos obedecía a un protocolo riguroso. Cargó la jeringa con el anestésico, después otra con el preparado letal.

No se va a enterar, me advirtió, la sedaré y será para ella como entrar en un sueño oscuro y plácido. Y yo reflexioné algo irritado sobre qué sabría ese hombre lo que se siente, si nunca —era evidente, pues respiraba— había traspasado el último túnel.

¿Cuánto durará?, quise conocer.

Unos cinco minutos desde que comience a inyectarle, respondió en tono profesional.

Trescientos segundos, musité para mí.

Con Sara en manos de Ernesto recuperaré mi reloj del mantel. Hubiera jurado que lo dejé intacto, y ahora, inexplicablemente, tenía el cristal de la esfera roto, con una grieta atravesándolo de las once a las cinco. Pero funcionaba.



estaba allí. Rictus estoico y sereno de quien nunca conoció el miedo a la muerte.

Ambos se cruzaron en el pasillo. Ernesto saliendo tras cumplir impecable con su tarea, Julia entrando silenciosa con una sábana limpia con la que poco después amortajamos a Sara.

Una finísima lluvia sin peso bajaba desde la sierra resbalando sobre el viento helado que percutía en los tejados y se filtraba por las rendijas. El sonido resultante era como una peculiar salmodia fúnebre. En aquel atardecer invernal de luz azafranada cavamos una fosa bajo el castaño, junto a la valla del corral. Allí la enterramos en melancólico silencio, los corazones en sombra estrenando un hueco nuevo y ante la mirada perdida de su hijo York, el mastín más hermoso de todas las camadas que engendró Sara. Una campeona entre las de su raza. ■



Recuerdos de una tarde de lluvia

Beatriz Brasa

Tal como era habitual a esas alturas de diciembre, la tarde estaba lluviosa. No hacía mucho frío, así que llegué caminando hasta el portal de aquel caserón de piedra que hacía esquina en la plaza. El gran escudo heráldico que presidía la fachada hablaba de tiempos tan gloriosos como pretéritos.

Llamé al telefonillo y la puerta se abrió. Subí las escaleras guiada por la escasa luz del zaguán y una amable mujer me recibió en el rellano.

—La señora la espera en el saloncito. Entré en la vivienda y un Niño Jesús regordete me sonrió en el recibidor. Faltaban pocos días para la Navidad y el Nacimiento ya estaba puesto como única decoración festiva. Avancé por el angosto pasillo con el sordo crujir de la madera bajo mis botas hasta que llegué a la salita.

—Pasa hija, pasa. No me puedo levantar porque estas piernas ya no me sirven. A ver si te puedo ayudar, porque la memoria aun no me falla tanto.

Aquella mujer, a simple vista, parecía un pajarito. Todo delicadeza con su pelo blanco peinado hacia atrás en un moñito y sentada en una butaca con una manta de cuadros cubriendo sus piernas.

Comenzamos hablando de lo que allí me había llevado, de quién nos había puesto en contacto y de por qué me interesaba que me contase algo que había ocurrido hacía más de 70 años...

Con su voz dulce y su hablar bajito me contó que ella tenía apenas 19 años cuando estalló la Guerra Civil. Que vivía en aquella misma casa desde que nació, donde habían vivido también sus padres y sus abuelos. Una familia de siempre, de las de toda la vida. Recordaba cuando jugaba en el jardín a soldados con sus primos y su abuelo la regañaba porque una señorita no podía luchar. Así que ella hacía que jugaba con sus muñecas pero, a la que el abuelo se despistaba, empuñaba la espada de nuevo.

Pronto el Servicio Social organizó talleres para coser ropa para los soldados y, como buena chica de familia, allí pasaba las horas contribuyendo a la noble causa.

—Pero yo ya me cansaba de estar todo el día cosiendo calzoncillos... Oímos que pedían chicas para el Laboratorio y allí nos presentamos.

El Laboratorio al que hacía referencia era el Laboratorio de Farmacia Militar en que se había convertido la Facultad de Farmacia de Santiago de Compostela apenas un mes después del estallido de la guerra. Allí fueron ella y un grupo de amigas a ofrecer su ayuda.

Pese a las reticencias iniciales (¿unas muchachas sin apenas formación académica manejando ampollas, probetas, apósitos, productos químicos?) las dejaron pasar, y allí se



quedaron los tres años que duró la guerra.

No había turnos, en el Laboratorio se trabajaba mañana, tarde y noche, a veces daban las once en el reloj de la catedral y su padre la estaba todavía esperando en la puerta del viejo Pazo de Fonseca. Como era responsable y aprendía rápido, alguna vez se quedó encargada de cerrar con llave mientras terminaba el ciclo del autoclave.

También me contó cómo entre todas las chicas del Laboratorio habían organizado una función benéfica para conseguir dinero con el propósito construir una farmacia móvil para enviar al frente. La representación tuvo lugar en el Teatro Principal y aque-

llo no fue una velada corriente: la función resultó muy exitosa y el nivel artístico de los números musicales y de baile fue más que notable.

Pensé en que en medio de una guerra, aquella joven, casi una niña, había descubierto lo que era trabajar, aprender, colaborar... Hasta el día que la radio avisaba de un posible ataque aéreo ella se empeñó en ir al Laboratorio pese a la negativa de su padre. Fue y volvió con una condecoración recortada en cartón que decía "Ataque aéreo. Premio al Valor".

A mí me costaba imaginar a aquella mujer menuda, ya rebasados los 90 años, actuando con tanta determinación en una etapa tan temprana de su vida y en un momento tan difícil para el conjunto de la sociedad en España. Pero ella me lo aclaró:

—Si no hubiese sido por el Laboratorio yo creo que me hubiese vuelto loca. Porque era ver partir a todo el mundo y luego volvían: una cajita, otra cajita... Y así durante tres años.

Acabada la Guerra ella volvió a su casa, al microcosmos de visitas y meriendas sobre manteles de hilo. A los veranos en la costa y los inviernos en Santiago. La vida monótona y predecible de una joven burguesa a principios del siglo XX.

—¿Y después no quiso estudiar? ¿Seguir trabajando y aprendiendo aquel quehacer que tanto le había gustado durante los años de la Guerra? Le pregunté, incapaz de comprender cómo había renunciado a aquello que décadas después, ya anciana, recordaba con la misma lucidez que si hubiese pasado ayer mismo.

Sólo me sonrió y dirigió su mirada gris hacia el gran ventanal que daba a la plaza. Aquello había sido sólo un paréntesis, una aventura que nunca le hubiese tocado vivir si las circunstancias hubiesen sido otras. Solo un paréntesis. Pero uno de los que se recuerdan toda la vida. ■

Experiencia y rigor científico al servicio de la salud y el bienestar de toda tu familia



Desde 1929 en Reig Jofre centramos nuestro mejor saber hacer en la investigación, el desarrollo, la producción y la comercialización de medicamentos y complementos nutricionales con el deseo de mejorar la salud y promover el bienestar de las personas en los cinco continentes.

Además, nuestra especialización tecnológica en inyectables, liofilizados, antibióticos y productos dermatológicos tópicos nos convierte en socios estratégicos clave de otros laboratorios para la fabricación de sus fármacos.

Reig Jofre es una compañía cotizada en el mercado de valores español.

REIG  JOFRE

www.reigjofre.com

Conócenos mejor:



El peregrino

Francisco José Sánchez-Muniz

Se sentaron a las afueras del castillo como otras tantas noches. Aquella era fría y la luna se escondía entre las nubes. Zoraída, en silencio esperó a que él empezara a leer otro cuento. El libro azul había abierto sus páginas al azar y mostraba un nuevo relato. Parecía una historia corta; sin descanso echó una mirada al principio del mismo y vio que se titulaba «El peregrino».

El lector frunció el ceño, pero enseguida se puso cómodo y leyó alto y ceremonioso su título y las palabras que el libro mágico parecía traer del fondo del agua del foso del castillo.

»» Llevaba en su corazón heridas profundas que no cicatrizaban. Habían ido abriendo distancias entre almas por no saber, por no querer callar. La noche había sido muy fría y el sol casi no tenía fuerza para descongelar varios milímetros de las placas de hielo que crujían bajo sus pies.

Algunos cristales como agujas se habían clavado profundos en las almohadillas de las manos de un gran

perro que le acompañaba, dejando un rastro de gotas de sangre que atraería a los osos si el viento contribuía a mover lejos el leve olor que el líquido rojo de la vida producía. Miró en su zurrón y sacó un paño limpio que ató con cuidado a las patas de su compañero. Un lametón amplio en el carrillo derecho y otro en la parte más ancha de la calva sellaron el agradecimiento.

Reanudaron el viaje hacia la nada. Aquel era un peregrinar hacia el no sé, hacia el ya veremos. Nada importaba, el mundo abría caminos imposibles salpicados de nostalgias y reflexiones, de largos poemas llenos de cantos ocultos y de bramidos infames.

Miraba al hielo y no dejaba de ver ira y desencuentro. Largas noches en blanco que no paraban de clamar que allí no había nada que mereciera retenerlo, ni siquiera la suerte de estar vivo. A lo lejos le pareció que algo se movía y se inquietó. En veinte kilómetros a la redonda solo un paisaje desolado y gélido invitaba a moverse y a actuar deprisa o dejarse morir. La melodía del viento iba en aumento. Imaginarios laudes y vihuelas desafinados parecían descar-



gar sus notas sobre aquello que no tenía nombre y que se instalaba como un visitante ocasional cada vez más cercano. El perro estaba tenso y no entendía por qué el peregrino se afanaba en enfrentarse a aquel horror que él vislumbraba.

De pronto, tras una nube apareció la última luna de otoño dando unos matices dorados a la placa inmensa de hielo que aparecía ante sus ojos. Lo que se movía no era nada que él conociera. Vestía luces oscuras que desgranaban muerte por donde pasaba. El enorme mastín ladraba continuamente rompiendo en cada rugido más cristales de hielo que hacían difícil caminar. Nada sin embargo parecía detener aquel magnetismo suicida. Le pareció que una brisa gélida se unía al frío reinante para hacer más permanente la situación de desesperanza e indefensión total. Ahora la luna daba matices verdes cual si una aurora boreal se hubiera instalado en sus retinas. El agotamiento del mastín era evidente; sus ladridos ya no tenían la potencia ni la determinación de momentos anteriores. Parecía que aquel éter negro le bloqueaba las cuerdas vocales hasta anular el seguro de vida que eran sus poderosos ladridos.

Lo sintió llegar rápido como si nada pudiera frenar aquel desatino. Se instaló en su alma y recordó que antes de salir hacia la nada había llorado recordando su primer beso. Cayó de rodillas y miró a la luna. De su boca salió ¡Dios socórreme! Le apretaba de forma extenuante cuando el mastín sangrando degolló aquel horror del que sólo quedaba una capa negra etérea desgarrada con matices de muerte.

Hombre y perro se abrazaron durante largo rato, dándose el calor que allí no había. Las primeras luces del día iluminaron la silueta de una cabaña lejana. Sus andares ahora eran más firmes y sus pasos parecían deslizarlos sobre el hielo.

Abrieron la puerta de la cabaña. Un hogar aún caliente señalaba que no estaban solos. Un hombre con mirada dulce recogía los platos vacíos de un desayuno imaginario. Junto a él un gran cuchillo hacía los honores. El peregrino habló claro, suave y despacio desde la puerta entreabierta, como se habla a aquellos que probablemente no conocen el idioma: "Buenos días, señor, soy un peregrino del silencio, atormentado por el desamor, que busca unas horas de cobijo. Mi perro y yo necesitamos descansar y acudo a su hospitalidad y caridad".

Un pequeño espejo casi desapar-

cibido había relatado las caras y la realidad del momento. Ya el cuchillo no estaba junto al hogar, ahora esperaba su momento escondido en una de las mangas del propietario de la cabaña. Nada se movía tan despacio, ni siquiera el hambre que había atormentado su vientre horas atrás. Tras un momento, que congeló las agujas del tiempo, unas manos invitaron con señales amigables a que el peregrino ocupara una silla que se encontraba junto a la mesa.

Un café humeaba entre las manos del propietario de la cabaña cuando se abrieron las puertas del destino y aquellos dos hombres y un perro volaron recordando y perdonando y siendo perdonados. Llegó la tarde con sueño y rindió a los tres en un plácido letargo con la luna como testigo.

Soñaba el peregrino con una espada que había cortado una capa negra en dos y que le daba a su protector la otra mitad. Soñaba que caminaba deprisa, que su mastín ya tenía compañera que alumbraría pronto y que allí en la montaña miles de velas hacían el milagro del fin de su peregrinar. Soñaba el hombre de la dulce sonrisa que la mejor de las comidas llenaba su mesa junto a sus hijos. Mientras, en una sintonía de respiraciones profundas, el mastín soñaba con gloria, con luces de vida y ladridos que despertaban al propio sueño.

Llegó lento el amanecer permitiendo el descanso de los cuerpos con sus almas. Lucía fuerte el sol, derriendiendo el frío y la soledad. Ya los pasos acercaban a una ermita que olía a velas en cuya puerta esperaba alerta una hembra de mastín protegiendo un cartel que rezaba: "Bienvenido peregrino a este sitio de recogimiento. Deja fuera tus temores y desalientos y busca aquí dentro un soplo de eterna juventud". »»»

La mujer joven que esperaba oír todos los cuentos miró primero al firmamento que clareaba y a aquel lector que había sido un hombre mayor, y levantándose esbozó una sonrisa y se sintió también peregrina, retirándose hasta que la noche abriera de nuevo sus horas, sin asomarse al espejo del agua que seguía hablando al alma. ■





A veces, un beso puede ser la mejor medicina

Porque sabemos que en la vida
hay muchas cosas que curan.

Cinfa, el laboratorio más presente en los
hogares. Más de 50 años trabajando por
una salud de calidad accesible.

www.cinfa.com

 **cinfa**
Nos mueve la **vida**

Mustafár *el porteador*

Mónica Parramón Ponz

Mustafá era un hombre robusto, de altura considerable. Su piel cetrina y curtida por el sol iba siempre enmascarada bajo una poblada barba. De ojos oscuros y mirada profunda, Mustafá observaba el mundo que le rodeaba sin juzgarlo. Se diría que lo hacía en paz, por la serenidad que transmitía. Sin embargo, de su mirada emanaba también a una cierta frialdad. Era inevitable: quien no juzga no valora, y eso era lo que se percibía de Mustafá cuando posaba sus ojos en alguien o en algo.

Trabajaba desde hacía muchos años como porteador de mercancías y vivía prácticamente todo el tiempo en soledad, en el desierto, con la única compañía de su camello. En sus largos itinerarios, apenas precisaba bienes materiales y, por tanto, nada tenía y nada iba incorporando a su equipaje, más allá que lo imprescindible. No quería cargar innecesariamente a su fiel camello. Se sentía suficientemente arropado con la tela de su jaima como única protección, cuando necesitaba instalarla en el inhóspito desierto. Por el día le bastaba sentir aquel cielo azul intenso sobre su cabeza y, cerrando el círculo protector, la cálida arena de las dunas bajo sus babuchas.

Como única función en la vida, Mustafá movía mercancías de un lado a otro de aquellas secas tierras, lo que le proporcionaba unas monedas y la comida y agua suficientes para subsistir. No anhelaba más. A Mustafá no le preocupaba estar solo, porque era la vida que él había elegido, y llevaba con una feliz resignación las temperaturas extremas a las que el desierto le sometía, o las tormentas de arena inesperadas tras el peor de cualquier extenuante día caluroso. Él había decidido quedarse al margen de la sociedad, fuera del contacto de cualquier hombre o mujer, y no tenía la necesidad de hablar ni comunicarse con ningún ser humano. Se había acostumbrado tanto al silencio que, en alguna de las entregas de su cargamento, aun habiendo pasado varios días de travesía aislado del mundo, había simplemente hecho un gesto con la cabeza al recibir las monedas a cambio de la carga y había dicho un “no” con la cabeza cuando le habían ofrecido agua, marchándose, luego, sin haber emitido sonido alguno desde su garganta.

Mustafá a veces pensaba que, al no hablar nunca con nadie por voluntad propia, la sequedad del desierto podía secar sus cuerdas vocales, o incluso Alá, en castigo por no querer comunicarse con otras criaturas de su creación, le podía privar del don de la palabra. Por ello, algunas noches, con la cúpula estrellada del cielo sobre su cabeza, cantaba las canciones que su madre Yamila le había enseñado de pequeño. Algunas de ellas iban dirigidas a Alá, para loar su figura y



apaciguar su posible castigo. Pero otras canciones, que él adoraba, tenían letras maravillosas que hablaban de princesas y palacios. Él recordaba y reproducía en su cabeza la música de los instrumentos de cuerda y los tambores que oía de pequeño. Muchas veces él mismo se acompañaba con un pequeño tambor que llevaba consigo entre sus pocas pertenencias. La música le conectaba con su verdadera personalidad, esa que escondía a todo el mundo. Paródicamente, su propia voz era, a su vez, su reconfortante compañía.

Otras noches que no cantaba, dedicaba el tiempo a traer a su memoria momentos felices del pasado. En esos momentos estaban sus hermanos. Tenía tres, todos varones, con los que jugaba de pequeño a todas horas. A menudo, como ocurre entre hermanos, los juegos acababan en pelea. Llegada la adolescencia, esas peleas se hacían por el simple desafío de medir sus fuerzas entre ellos, a pesar de que su madre, asustada, les pedía que no lo hicieran, a veces con paciencia y a veces elevando la voz entre los gritos de los propios jóvenes. Entonces ellos, con sus vestimentas medio rotas, comenzaban a reír a carcajadas y se excusaban delante de su madre, diciendo que era sólo un juego, que ellos realmente se querían mucho. Y para demostrarlo se daban abrazos de la misma intensidad de los golpes precedentes. Y la madre les devolvía la sonrisa agitando la cabeza y les cantaba alguna de sus bellas canciones.

Él recordaba esos momentos con nostalgia y se daba cuenta de que extrañaba mucho a sus hermanos, y lo mucho que le gustaría volverles a ver. Se imaginaba el reencuentro con gran alegría y los mismos abrazos que se daban de jóvenes. Pero Mustafá sabía que ese reencuentro era poco probable. Sus hermanos habían elegido una vida similar a la suya, y hoy en día, no sabía dónde estaba ninguno de ellos. Una vez había tenido la tentación de preguntar por sus nombres de familia. Pero no lo hizo. Él mismo, si podía, no dejaba dicho en ningún sitio cuál era su verdadero nombre.

Mustafá estaba en aquella ocasión realizando uno de sus trayectos más largos. Iba montando su jaima cierto días, en los sitios más apropiados, que él bien conocía. Al caer la noche, se disponía a cantar, como en otras ocasiones, cuando comenzó una gran tormenta de arena. Tuvo que guardar el tambor e ir a refugiarse en su jaima, que él la había instalado con sumo cuidado. Pero esta vez se trataba de una tormenta

muy fuerte, que terminó soltando las cuerdas y desmontando toda la jaima. Recogió como pudo las telas y las cuerdas, e hizo un paquete con todo. El viento soplaba fuerte y la arena golpeaba sin piedad la piel expuesta de Mustafá. Se colocó sus prendas de abrigo para dejar al descubierto la mínima parte del cuerpo, apenas los ojos. El aire emitía un silbido que rompía el silencio de la noche. Las motas de arena piqueteaban sobre la tela que cubría sus oídos.

Fue avanzando con dificultad hacia su camello, que estaba tranquilamente tumbado con sus largas piernas dobladas en esa posición que les dota de ese aspecto tan singular. En mitad de la tormenta, se le antojó como un animal digno de sus historias mágicas. Se dejó caer pesadamente junto a él y se hizo una bola, refugiándose del azote de la arena pegando su cuerpo al de su fiel camello y haciendo un parapeto por el otro lado con la tela de la jaima. Así logró quedar totalmente a salvo de la punzante arena. El calor del animal le pareció reconfortante y le recordó a su madre cuando le abrazaba de pequeño. Durante todo el día siguiente tuvo que seguir soportando la tormenta de arena. Amo y camello sabían bien cómo hacer frente a esa circunstancia adversa, y la bestia sabía que tocaba proteger al pobre humano que dependía del parapeto que proporcionaba su gran envergadura.

Poco importaba a Mustafá el olor penetrante del animal, y siguió abrazado a la bestia, lo que le transmitía un gran consuelo. Así pasaron ese día y esa noche. Cuando empezaban a desfallecer y el agua a escasear, por fin amaneció un día tranquilo. Se incorporó despacio, ya que tenía las piernas y los brazos entumecidos. Miró alrededor y comenzó a supervisar lo que se había estropeado por el viento. Apenas se había llevado alguna cuerda y nada importante se había roto o perdido. Podía estar tranquilo. Limpió la arena de los todos lugares en los que ésta no tenía que estar y de nuevo, con decisión, emprendió el camino hacia su destino.

En su ruta iba reflexionando que la voluntad de Alá era muy poderosa y que, por alguna razón, le había protegido en aquellos momentos adversos y se sentía afortunado de sentir su sagrado respaldo. Alá, en su grandeza y generosidad, le había mandado este camello para que él tuviera una vida segura, feliz y completa. Gracias a él había salvado su vida. Por eso ahora avanzaba acariciándole la cabeza en señal de gratitud. Y el camello parecía entender su mensaje. Mustafá se sentía dichoso de estar vivo, de ver de nuevo el cielo y de pisar de nuevo la caliente arena, paso tras paso. Aun así, notaba que no necesitaba compartirlo con nadie más que con su camello.

Le parecía apropiado seguir en el silencio que correspondía a una experiencia como la que acababa de vivir, con la muerte acechando tan próxima y Alá tan omnipresente. Pero cuando llegaba al grupo de jaimas que eran su destino, pasó algo diferente a otras veces.

Un niño pequeño vino corriendo hacia él y le abrazó las piernas al mismo tiempo que le miraba sonriente. Él inclinó la cabeza hacia el lugar de donde venía ese abrazo y no supo qué hacer; mientras miraba al niño entre extrañado y enfadado, todo a la vez. ¿De dónde había salido este niño? ¿Por qué le daba ese desagradable abrazo? Cuando iba a zafarse de los pequeños brazos que rodeaban sus piernas, antes de que pudiera hacerlo, el niño se soltó y fue corriendo a abrazar al camello. Entonces, en una rapidísima maniobra, cogió al niño y le apartó del camello, cogiéndole en vilo. Verdaderamente, el camello podría aplastarle, sin querer.

El niño se dio cuenta de lo que pasaba y se sintió protegido entre los brazos de Mustafá. Le miró con una especial sonrisa y con sus pequeños bracitos le rodeó el cuello, dándole un cariñoso beso con todas sus fuerzas. Entonces Mustafá se sintió especialmente molesto y le soltó a toda velocidad en el suelo. Se puso limpiarse la cara y a sacudirse nerviosamente su caftán, como si el niño estuviera contaminado, con una expresión de repugnancia en su rostro.

Sin más, se dirigió a su camello, cogió la mercancía que tenía que entregar y fue a buscar al grupo de adultos, sin volver la vista hacia el pequeño. No quería permanecer allí ni un minuto más de lo necesario. Aunque valoraba que detenerse con el grupo a coger un poco de agua le podía venir bien, a tan sólo dos horas de camino encontraría agua en un oasis que él conocía, detrás de las dunas. Por ello hizo lo mismo que otras veces, un gesto con la cabeza por las monedas y un “no” para el agua. Y se marchó por donde había venido sin volver la cabeza.

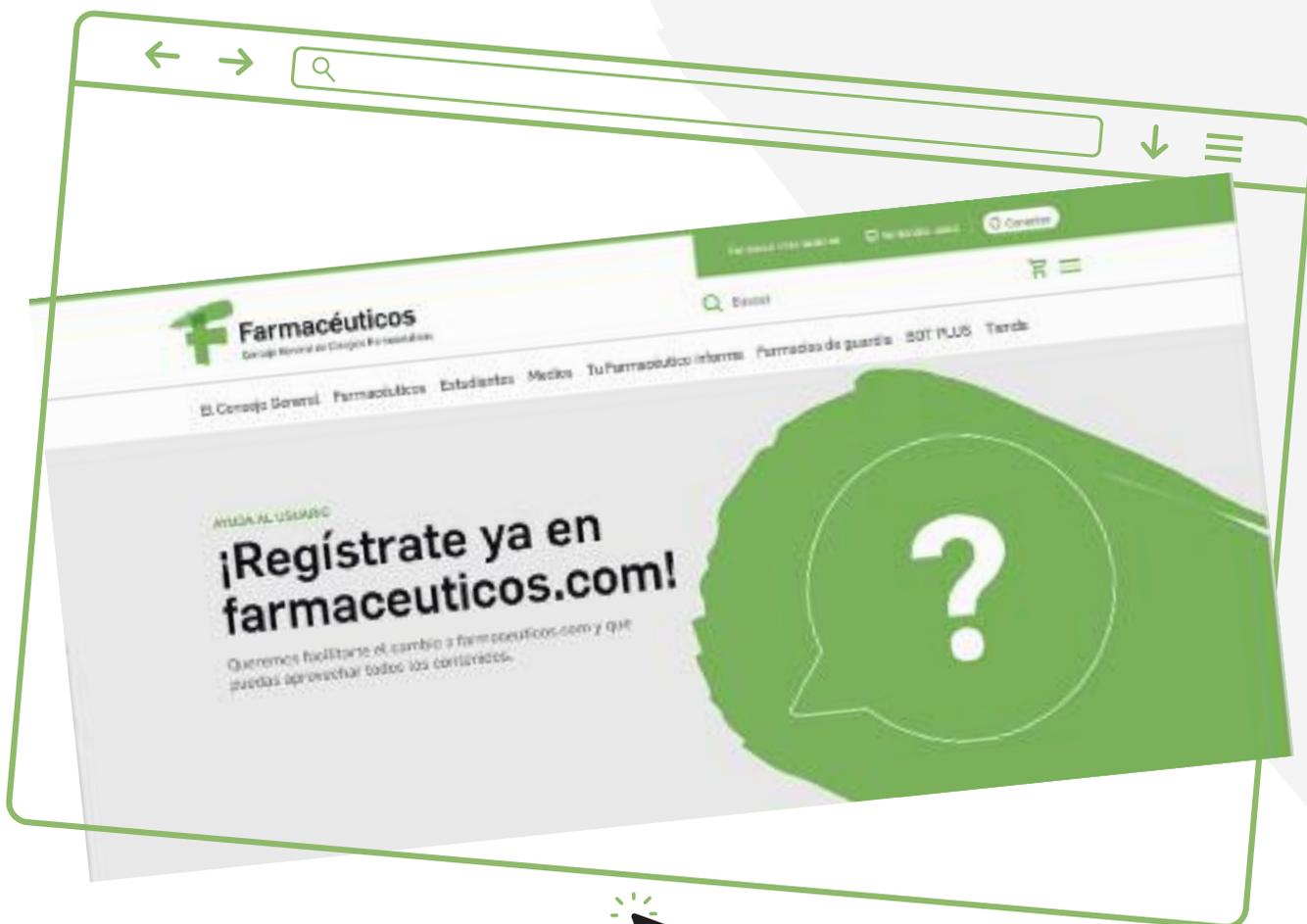
Mustafá se alejó de aquel campamento subido a su animal. Pronto empezó a escuchar tras él una voz melodiosa de niño, que cantaba una canción bien conocida. Era un canto para decir adiós a los que parten en camello hacia el desierto, que su madre también le había cantado alguna vez. Y una flecha invisible alcanzó su corazón trashumante. Estuvo oyendo la canción mucho rato, transportada por el viento. Mustafá escuchaba con deleite aquellas notas, mientras avanzaba lentamente. Aquellos sonidos le traían a su cabeza imágenes muy entrañables del pasado. La melodía siguió sonando y resonando mientras él

se acercaba al punto más elevado del terreno que le separaba del pequeño asentamiento. Y entonces, desde lo alto de aquella duna, se volvió para mirar al niño, que continuaba con su canción. Dejó que la brisa le acariciara el rostro y siguiera trayendo a sus oídos esa música que él tanto

apreciaba. Cuando la canción estaba llegando a su final, Mustafá elevó poco a poco su brazo y agitó su mano en señal de despedida, mientras sus ojos llenos de lágrimas intentaban discernir en la distancia a la pequeña figura humana y se dibujaba una leve sonrisa debajo de su pañuelo. ■



Date de alta
y aprovecha todo su contenido
www.farmacéuticos.com



Todo lo que necesitas 
para tu desarrollo profesional

Además...

Ya puedes acceder a todas los números de **Pliegos de Robotica digitales**

¡Accede directamente desde aquí!



Formación

Próximos cursos
Campañas sanitarias



Farmacia Asistencial

Proyectos de investigación
HazFarma



Agenda

Jornadas y Congresos
Webinars



BOT PLUS

Suscripción y acceso
Soporte técnico



Publicaciones

Revista Farmacéuticos
PAM
Informes técnicos
Puntos farmacológicos



Recursos

Farmahelp
CISMED
Precios de medicamentos
Alertas Farmacéuticas...

Morante de la Puebla

... torero !!!

José Luis Blanco Pérez

Que la tauromaquia, aunque cuestionada, es un arte ... sin duda. Que Morante de la Puebla es un artista, también, además de ser un personaje enigmático, introvertido y muy peculiar. La tauromaquia de Morante de la Puebla no admite la mediocridad. O existe el triunfo o se hunde en el fracaso. Frente a la vulgaridad de muchas de las lidias a que se somete al toro de hoy, surge la elegancia, la improvisación, el desparpajo y la torería de todo un virtuoso del arte de Cúchares.

A lo largo del siglo XIX y comienzos del XX, la tauromaquia consistía en preparar al toro de lidia para su muerte a estoque. Era un animal a la defensiva, fiero, complicado y nada colaborador con el lucimiento del matador de turno. La suerte de varas era fundamental para aplacar al toro y prepararlo para su destino final: la muerte a estoque. La fiereza de los toros de aquella época sembraba el ruedo de caballos de picar con las tripas fuera fruto de las embestidas de los toros. La interpretación y el valor del torero estaba muy por encima de la belleza que admiten los toros de las ganaderías actuales. Las llamadas "comerciales".

Ya en la segunda mitad del siglo XX y lo que llevamos de XXI, la fiereza del toro ha dado paso a que los ganaderos hagan una selección a la carta y a gusto de las figuras del toreo lo que lleva implícito una disminución de la fiereza y la casta a cambio de un animal más noble y colaborador con el diestro en el tercio final de la lidia que es lo que se lleva hoy en día. La suerte de picar es un simulacro y se suceden faenas tediosas, interminables, aburridas y vulgares. Es lo que hay como se dice ahora.

A Morante de la Puebla, no le pidamos que se pelee y se enfrente a astados de siglos pretéritos. Imposible e infrutilizado y además se perdería ese aroma y ese pellizco que surge cuando un toro de los de ahora le "mete" la cara y se acopla. En los tendidos sus seguidores se contagian de la emoción y la pasión, llega el éxtasis y se culmina y esculpe la obra de arte.

Los más puristas pensarán: si no hay un toro fiero y encastado ¿Dónde está la emoción y la esencia de la fiesta? ... Pues es verdad, llevan razón. En el ruedo, te emocionas, o bien porque existe peligro ya que hay un animal que impone respeto, o bien porque la faena desprende arte, temple y sentimiento frente a un toro más comercial y es aquí donde se encasilla la tauromaquia de Morante: arte, temple, sentimiento, personalidad...

Últimamente los toreros parecen abonados a las *peonadas* de productividad que consiste en construir faenas inter-



Morante de La Puebla dando una clamorosa vuelta al ruedo en la Maestranza de Sevilla en la Feria de San Miguel de (23/09/2022) tras una grandiosa faena a un noble toro de los hermanos García Jiménez al que falló con la espada.

minables, insustanciales y vulgares que tratan de justificar su mediocridad y de justificarse con el público que se aburre soberanamente. Parece que se les paga por horas en vez de por festejo. Esta manera de entender la lidia no se contempla en la tauromaquia del torero de La Puebla. Si no lo ve claro, el animalillo le dura un santiamén y el que quiera más que vuelva al día siguiente. La bronca se extiende por los tendidos y a esperar en otro momento que se produzca esa conjunción única entre toro y torero y se reconcilie con el público.

Morante de La Puebla es imprevisible. Tras la apoteosis sevillana en esta Feria de Abril y cortar un rabo en La Maestranza, es capaz de pegar tres petardos seguidos en los tres paseillos que este torero realizó en la plaza de toros de Las Ventas en la pasada feria de San Isidro. Tres tardes, tres broncas, tres *espantás*. No pasa nada, los *morantistas* le seguirán allá donde se anuncie y disfrutarán – si procede – de la suavidad del manejo de ese capotillo de seda meciéndolo a la verónica o de esa muleta poderosa y armoniosa toreando por naturales.

Dicen que la calidad está reñida con la cantidad. Es cierto y comparto esa idea pero hay un hecho y es que Morante de La Puebla ha sido de los líderes del escalafón en cuanto a festejos toreados se refiere habiendo triunfado en muchos de ellos. Hay que agradecerle que se echase la fiesta a sus espaldas el año de la maldita pandemia, anunciándose en plazas de todas las categorías y salvando la Fiesta en un momento sumamente complicado. Por eso a los que nos gusta la Fiesta de Toros hay que proclamar en voz alta: Morante de la Puebla ...TORERO!!! ■

Aurora Sánchez Sousa

Ventana al conocimiento

La Maldición de Tutankamón

El 4 de noviembre de 1922, hace 100 años, fue descubierta en el Valle de los Reyes, la tumba del faraón Tutankamón. La orilla izquierda del Nilo, cerca de Luxor, es el lugar escogido para el descanso eterno de los faraones. Las tumbas excavadas en el interior de las rocas contenían multitud de tesoros, punto de atracción para los ladrones de tumbas. Con este motivo viene a mi memoria un hecho real que sucedió en el hospital en el que yo trabajaba y que dio lugar a generar mi interés sobre el tema.

Llegó al laboratorio una mujer de mediana edad con la solicitud, realizada por la doctora P. Manzano, Jefe de la Unidad de diabetes de otro hospital de Madrid, para descartar la existencia de un hongo filamentoso en la lengua de la paciente.

Hasta ahí yo no di mayor importancia, porque ese era mi trabajo, pero si me pareció algo curiosa la petición. Una vez sembrada y cultivada la muestra, encontré que el microscopio me mostraba un maravilloso *Aspergillus*, hongo filamentoso con una cabeza aspergilar inconfundible. Ni una sola vez pasó por mi mente que este microorganismo alcanzaría en las postrimerías del milenio, la popularidad que ha tenido en nuestro país, ni que sería tan tristemente famoso.

Este hongo filamentoso del grupo *Deuteromyces*, Hongo Imperfecto (clase *Hyphomycetes*, género *Aspergillus*), forma parte de los hongos llamados oportunistas. Es un contaminante ambiental muy frecuente, con un aspecto microscópico típico y realmente sorprendente, caracterizado por una cabeza aspergilar resultante del hinchamiento de una vesícula en el extremo de un filamento para formar el aparato esporífero o reproductor. Esta vesícula está rodeada por una corona de fiálides en forma de botella,



en cuyo extremo se forman cadenas de esporas. Son estas esporas las que se movilizan por las corrientes de aire, las partículas de polvo en suspensión, originando a veces situaciones comprometidas en determinados pacientes. Nuestra convivencia con *Aspergillus* es generalmente pacífica, habitual y a veces hasta rutinaria, -polvo que rodea a edificios en obras, aparatos de aire acondicionado con limpieza deficiente, alimentos enmohecidos-, por tanto, podríamos decir que es un hongo saprofito con poder patógeno limitado.

¿Pero entonces, cuando podría mostrar un peligro para el hombre?

Simplemente cuando encuentra un huésped más vulnerable con disminución de sus defensas, como ocurre especialmente en el caso de pacientes sometidos a trasplantes de órganos, que podrían llegar a morir como consecuencia de la infección.

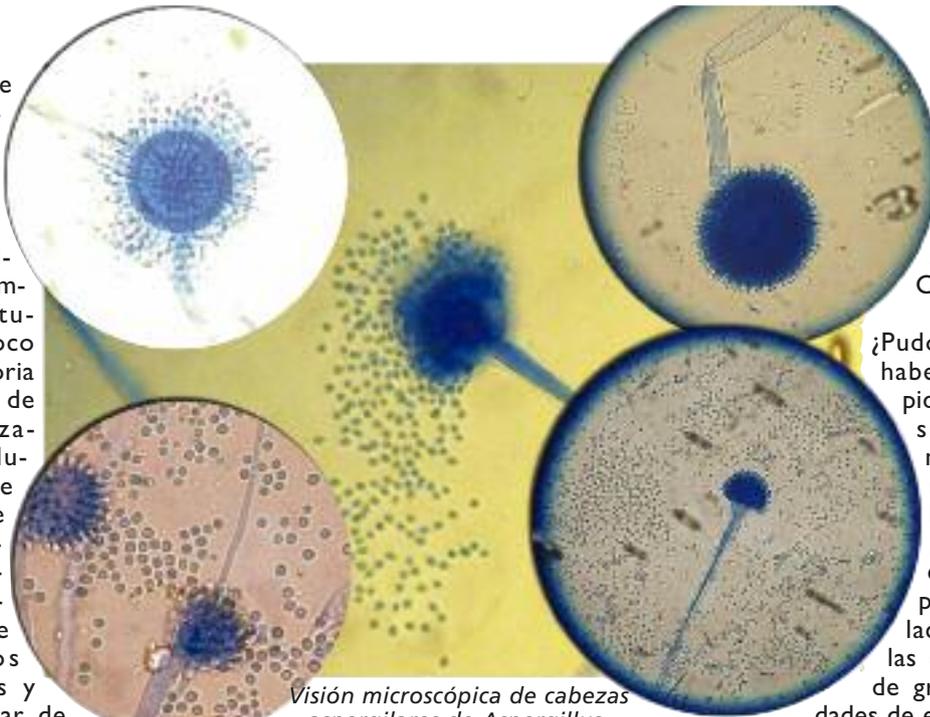
Pero volvamos a mi estudio en el laboratorio. Al principio pensé en una posible contaminación de la placa sembrada, lo cual me indicaba que sería necesaria la repetición de este análisis, y así lo hice y volví a encontrarlo de nuevo. Entonces le pregunté a la paciente cuál era su trabajo, y me contestó que era restauradora de cuadros, que acostumbraba a raspar mohos de las viejas tablas (y a veces a chupar los pinceles), y estaba preocupada por una posible lesión fúngica en la lengua. Encontraba algo de coherencia entre el germen aislado y su procedencia, y así informé del hallazgo a la doctora que llevaba el caso. Al cabo del mes apareció la paciente impactada por el hallazgo, y agradecida me entregó un vídeo con una filmación de Eberhard Thiem y Arnd Peik, donde se ponía de manifiesto que el *Aspergillus* podría estar directamente implicado en lo que se ha dado en llamar “la maldición del faraón”, donde la verdad, la histeria y la fantasía se entrecruzan.

Así se abre una ventana al conocimiento que aumenta mi curiosidad y me empuja a estudiar un poco de la historia fascinante de una civilización absolutamente mágica de la que hemos heredado infinidad de elementos culturales y que, a pesar de todo, nos sigue cautivando por los enigmas que encierra.

El vídeo me aporta información interesante, como es que el británico Howard Carter y su mecenas Lord Carnarvon, son los responsables del gran hallazgo, la tumba de Tutankamón, la cual llevaba durante años buscando Carter, y es ese 4 de noviembre de 1922 cuando los dos van a hallarse ante el mayor triunfo de su vida. En la antecámara, herméticamente cerrada desde tres mil años antes, se encontró el ajuar funerario, con todo lo necesario para la otra vida. Grandes tesoros dentro de las rocas: joyas, muebles, objetos de oro y maderas nobles, alimentos, aceites y también la barca donde el difunto debía navegar para llegar al otro mundo. Todo aparece como una fantástica realidad.

Dicen que a los pies de la tumba del faraón Tutankamón hay una figura vigilante y una lápida con una leyenda que nadie ha visto: "Las alas de la muerte tocarán a los que interrumpen el descanso del faraón". Pero sí es cierto que la escritora Marie Corelli en 1923, recordó una antigua maldición, que supuestamente estaba escrita en un antiguo texto árabe: "La muerte extenderá sus alas sobre todo aquel que se atreva a entrar en la tumba sellada de un faraón".

Y así, el 19 de marzo de 1923, cinco meses después de la entrada en la



Visión microscópica de cabezas aspergílares de *Aspergillus fumigatus* y *Aspergillus niger* con tinción de azul de algodón. Unidad de Micología Médica Servicio de Microbiología. Hospital Ramón y Cajal.

tumba, Carnarvon muere a los 57 años de un proceso respiratorio agudo en el Cairo.

¿Pudo morir por haber interrumpido el descanso del rey muerto como advertía la maldición?, ¿fue consecuencia de la presunta inhalación durante las excavaciones de grandes cantidades de esporas fúngicas, quizá de *Aspergillus*?

Esta muerte hizo que se empezase a hablar por primera vez de la maldición del faraón, aunque tal hipótesis se desmintió por los implicados en el descubrimiento.

En 1924, cinco visitantes de la tumba murieron repentinamente: el restaurador que quitó la última piedra del muro que sellaba la tumba, Arthur Mace; un empresario norteamericano que había visitado la tumba; un profesor de literatura inglesa que le acompañaba en la expedición; dos días después de su visita a la tumba murió el restaurador del Louvre, George Bénédite, y también el secretario de Carter, Richard Bethell. Estos accidentes alimentaron la leyenda.

Si el *Aspergillus* fue o no el ángel exterminador de la maldición de Tutankamón, probablemente nunca lo sabremos, pero la historia nos deja otros datos muy interesantes que ofreceré en una segunda parte de este artículo, en el que, la discusión y las conclusiones dejarán que la realidad y la imaginación se entremezclen, haciendo así más amplia nuestra nueva ventana al conocimiento. ■



Enrique Granda

Elementos de farmacia

del doctor Francisco Carbonell

Hoy traigo a este rincón del bibliófilo un libro, quizá el más conocido del doctor Francisco Carbonell, editado en Barcelona en 1805, de 175 páginas del que guardo un buen ejemplar encuadernado en pasta española y, cómo siempre, contaré algo del autor y su contenido.

Francisco Carbonell y Bravo

La profesión le venía de estirpe a Francisco Carbonell, ya que era hijo de farmacéutico (Jaime Carbonell), y en ella destacó desde el principio, pues con apenas veinte años, merced a una dispensa de edad necesaria para ejercer; fue admitido como farmacéutico colegiado en su ciudad natal, aunque poco después se trasladó a Madrid, presentándose a oposición por una plaza en la Botica Real, que no obtuvo, siendo éste el único fracaso en su vida, ante el que no le desanimó, sino todo lo contrario. No haber obtenido esta plaza le permitió continuar su formación naturalista en el Museo de Historia Natural y en el Jardín Botánico, al tiempo que se hizo Socio de la Academia Médica Matritense. También su hijo, Francisco Carbonell y Font, siguió la vocación familiar y, como él, estudió la carrera en Barcelona y se dedicó a la docencia.



Francisco Carbonell y Bravo
 (1768 – 1837)
 Real Academia Nacional de
 Farmacia. Madrid.

En 1790 Carbonell y Bravo obtiene el título de botánico y el Colegio de Farmacéuticos de Madrid le admite como socio colegial. En 1795 se graduó en Medicina (en la Universidad de Huesca), y poco después le encontramos en su tierra natal ejerciendo como profesor, de química y farmacia, y honrado como Cónsul del Colegio de Farmacia de Barcelona, supongo que algo así como lo que son ahora los delegados de zona en algunos Colegios de Farmacéuticos.

Al año siguiente publica sus memorables *Elementos de Farmacia* e ingresa en la Academia Médico-práctica, donde imparte un curso de *química aplicada a la ciencia de curar* que tuvo un gran reconocimiento social. Obtuvo su segundo título de Doctor en Medicina y Cirugía el 24 de marzo de 1801 en Montpellier, bajo el magisterio de Jean Antoine Chaptal, donde realizó también estudios de física, historia natural y química, siendo posteriormente discípulo de J.L. Proust durante un par de años en su laboratorio de Madrid, al tiempo que alumno de mineralogía de Christian Herrgen.

Hay que decir que, a pesar de su doble doctorado en medicina, Carbonell siempre se consideró farmacéutico antes que médico o químico, como constata Ángel Bellogin en su Discurso de Investidura de Doctor en Farmacia.



En 1803 vuelve a España, nombrado revisor de géneros medicinales de la Aduana de Barcelona ocupando también la Cátedra de Química aplicada a las Artes de la Real Junta de Comercio del Principado de Cataluña —donde perdió un ojo en un desgraciado accidente - y permanece en esta ocupación entre 1805 y 1822, con un breve paréntesis en Mallorca durante la ocupación francesa de la Península, período en el que fue nombrado por la Regencia ministro del Tribunal del Supremo Protomedicato.

Precisamente en 1822 ocupa Cátedra en la Universidad de Barcelona, donde apenas ejerce la función docente al perder el habla por un ataque de apoplejía, al que sobrevivió con secuelas otros doce años, ya en calidad de jubilado por la Junta de Comercio. Su muerte en 1837 le sobreviene por un nuevo ataque de apoplejía y tras superar una grave enfermedad pulmonar.

Elementos de Farmacia

“Elementos de Farmacia fundados en los principios de la química moderna”, es sin duda, su obra más conocida. Hay que decir, a este respecto, que sus *Elementos de Farmacia*, editados inicialmente en latín, fueron traducidos antes al francés que al castellano. Por cierto, que, en la tercera edición de esta obra, el socio de la Real Academia de Medicina Práctica de Barcelona, doctor Buena-ventura Casals, recuerda que los Elementos de Farmacia fueron censurados por ese mismo Cuerpo, cuando Carbonell los editó por primera vez en latín en 1796, y sólo después de que fueron publicados en Francia, y sirvieran como material didáctico en las universidades galas, los catedráticos españoles se dignaron a utilizar un extracto de la obra en sus lecciones de Farmacia.

Entre las curiosidades que me gusta resaltar de los años que le tocó vivir a Carbonell en el reinado de Fernando VII está el juramento que debían hacer todos los farmacéuticos que ocupasen cargos públicos o docentes, y que decía así, entre otras cosas:

...obligándose a defender el Misterio de la Purísima Concepción de la Virgen María; ser fiel al rey Fernando VII; enseñar y sostener la doctrina contenida en el Concilio de Constanza contra el Regicidio, la soberanía de S.M. y los derechos de su Corona y que no pertenece ni pertenecerá jamás a sociedad alguna reprobada por las leyes.

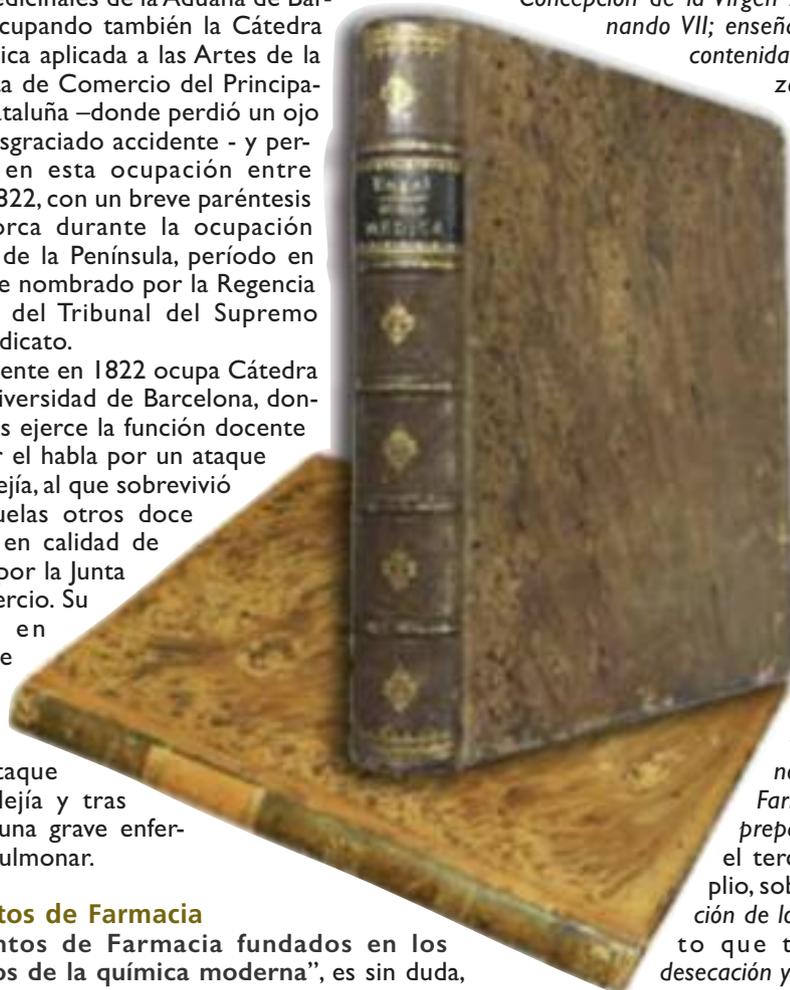
Es decir, nada de la Constitución de 1812, mucho de afección a Fernando VII y nada de pertenecer a sociedades secretas como la masonería.

Termino este comentario sobre los Elementos de Farmacia, indicando que es un libro, no muy extenso, como se ha visto, dividido en siete capítulos. El primero de las *nociones preliminares de la Farmacia*; el segundo de la *preparación de medicamentos*; el tercero, que es el más amplio, sobre el *conocimiento y elección de los medicamentos*; el cuarto que trata de la *colección, desecación y duración de los vegetales*; el quinto sobre las *operaciones farmacéuticas*; el sexto sobre los *operatos farmacéuticos oficinales* y el séptimo sobre los *operatos farmacéuticos magistrales*. (Aquí hay que indicar que los Operatos, son los productos o resultados de las operaciones de la Farmacia, esto es, son los medicamentos preparados según arte).

Está claro que es un libro dirigido a la docencia, mas que un manual práctico para la preparación de medicamentos, pero, aún así, es una delicia leer el conjunto de medicamentos usados en la época y sus preparaciones.

Ficha Bibliográfica:

Se trata de un ejemplar tamaño cuartilla, encuadernado en pasta española de época con guardas pintadas al agua y canto teñido en rojo. Está editado en la Oficina de Francisco Isern y Oriol y es la tercera edición corregida y aumentada del año 1805, por tanto, todavía en el reinado de Carlos IV.”■



Javier Arnaiz

Las apariencias engañan

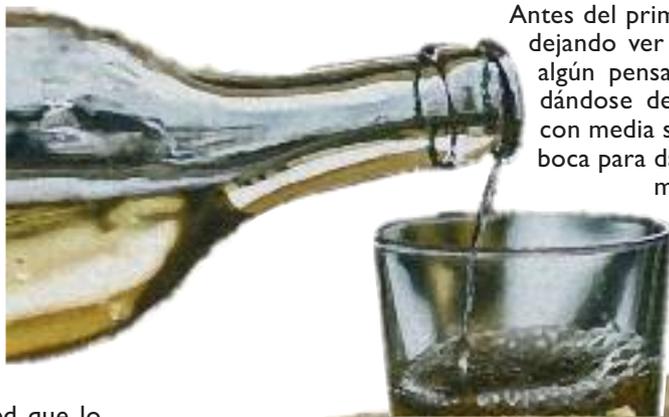
La luz rojo anaranjada alcanza el sitio venida de algún lugar del espacio por debajo del horizonte, sin embargo, su contundencia convence, sin dudas, del otoño esforzándose en retener el último calor del mundo antes de que sea alcanzado por el invierno.

En un banco sentado en su mitad está Tomás, a su lado una bolsa de compra de esas que se llevan como un carrito. Ambos, la bolsa y él parecen destartalados, arañados por el tiempo y la intemperie, una gabardina raída, una camisa que alguna vez fue blanca, un pantalón marrón a juego con el desaliño y coronado con un gorro de lana azul. Su rostro ennegrecido por el aire, barba y pelo plateados y tan desaliñados que parecen rizados sin esconder que es el tiempo y la falta de agua lo que ha encrespado aquello que de natural fue lacio. En su cara, una expresión de serenidad completa el cuadro. No sonríe, tampoco parece afligido, sus ojos expresan una especial viveza como la de los perturbados o la de aquellos a los que la vida les enseñó algo que desconocemos los comunes.

Tras él, un árbol del plátano tan inservible como el césped que lo rodea, y por delante, el camino de tierra, antes paseo de incipientes amoríos y en la actualidad lugar de dolor contenido por quienes invierten su tiempo libre en correr una ida y vuelta que nunca lleva a lugar alguno.

Tras suspirar, como si algún pensamiento importante hu-

biera culminado y necesitara ser celebrado, Tomás se inclina sobre su bolsa y extrae una botella con etiqueta amarilla y sobre la que se aprecia un número de tres cifras que los más místicos asocian con el respeto por todo cuanto es y puede manifestarse. Pone la botella a su lado derecho sobre el banco y se inclina de nuevo para extraer un vaso de plástico más usado de lo que recomienda la regla de un solo uso. Toma el vaso con sus rodillas, alcanza después la botella retira el tapón de rosca y vierte el contenido sobre al vaso hasta llegar al máximo de su capacidad sin riesgo de derramar el contenido. Enrosca el tapón y vuelve a situar la botella a su costado derecho. Recoge el vaso de sus rodillas y hacerlo le permite relajar su postura, se echa hacia atrás y acomoda la espalda al respaldo del banco.



Antes del primer sorbo, tuerce el gesto dejando ver que por su mente cruza algún pensamiento, después cabecea dándose de algún modo la razón y con media sonrisa acerca el vaso a su boca para dar un trago largo, quizá de medio vaso. Tan generosa ración no puede abarcarse sin una exhalación de complacencia y Tomás así lo hace, después deja el vaso a su costado izquierdo y estira las piernas reclinándose aún más sobre el respaldo del banco dando la impresión de haber encontrado su lugar en el mundo.

Después de un rato, poco tiempo, cuando el calor ya ha pasado del estóma-

go a la conciencia, Tomás mantiene una expresión de complacencia, como si exagerara su anterior viveza y ahora sus ojos sumaran a su luz natural la de algún foco, antes apagado y ahora mágicamente encendido por algún sortilegio venido del número de su botella.

Su incipiente embriaguez se conducía de un modo tan personal y privado que ni él, ni la bolsa, ni la botella, ni el viejo vaso de plástico afeaban la imagen del parque, más un, podrían añadir con su presencia una mayor sintonía al bucólico ambiente de un parque urbano bien cuidado e iluminado por el ocaso otoñal al borde del invierno.

En otro banco tres jóvenes comparten el contenido de otra botella, un litro de cerveza que puede comprarse en tiendas en las que nadie sospecharía que puedan ser proveedoras de bebidas. Sin al-



men cambian de sus intervinientes, los jóvenes van consumiendo su cerveza.

Con firme y pausado caminar avanzan hacia ellos dos policías municipales, esos mismos que en otros tiempos se les llamaba guindillas, probablemente por el color de sus uniformes a principios del siglo XX y mantenido en el tiempo de modo despectivo y burlón por la picaresca madrileña. Ahora el color azul invita a pensar en ellos como pitufos. Si bien ni uno u otro mote hacen justicia en la actualidad a su disposición policial.

Alcanzado el banco donde se acomodan y entretienen los cuatro jóvenes en animada conversación. Uno de las de dos autoridades se dirige a ellos en un tono inaudible desde el banco de Tomás. Tras un intercambio de frases, una destaca entre todas cuando uno de los jóvenes señala con su dedo hacia la posición de Tomás y con voz un poco alzada pregunta. ¿Y aquel viejo qué? Los policías miran en la dirección que el joven señala como si hubiera anunciado “tierra” Rodrigo de Triana.

Los jóvenes terminan el encuentro levantando su pequeño campamento y se alejan del sitio mientras la pareja de guardias toma rumbo hacia el banco de Tomás. A medida que se acercan pueden apreciarse ciertas di-

ferencias dejando que las personas sobrepasen la frontera de su uniforme. Uno de ellos de complexión atlética y el otro con un notable sobrepeso centrado en la zona de su abdomen, pero que marca el paso de ambos, lo que invita a pensar que es quien es, de entre los dos, jerárquicamente superior.

Llegados a su altura, el de más edad se dirige hacia Tomás iniciando la conversación al mismo tiempo que lleva su mano derecha a la gorra.

Buenas tardes caballero.

Buenas tardes responde Tomás.

¿Qué hace usted aquí?

Pienso en mis cosas mientras me tomo un vasito.



El más joven y delgado apunta desde su posición situada un paso por detrás de la de su compañero.

En la calle no se puede beber alcohol.

Tomás no contesta, aunque tampoco hace ademán de levantarse.

El más veterano interviene de un modo más amable. Pronto anochecerá y la noche va a ser fría. Coja sus cosas y vaya a un lugar más recogido.

Tomás le mira directamente a los ojos, tuerce un poco el gesto y contesta.

Imposible buen hombre. Ahora estoy justo en medio de una reflexión importante y temo que si no la llevo a su final pueda perder el hilo y el día habrá sido infructuoso.

El guardia joven suspira y mira hacia el cielo, después dice en voz alta lo que debiera haber sido un pensamiento privado.

Madre mía.

El guardia de más rango gira la cabeza hacia su compañero reprochándole con la mirada su falta de respeto. Después se vuelve de nuevo hacia Tomás.

¿Y qué reflexión es esa?

Me estoy preguntando como navegaría en el horizonte de sucesos de un agujero negro un sistema basado en un algoritmo de visión aparente corregido en la distancia por un sistema de visión real remota. Claramente las diferencias en el espacio tiempo harían que la visión real fuera menos eficiente que la aparente y aún podría convertirse en un obstáculo para la navegación. De modo que aun siendo imperfecta la visión aparente se convertiría en una información más fiel que la real por la simple diferencia de escalas temporales. Y entonces, ¿es más cierta la subjetiva impresión fenomenológica, siempre sesgada por los sensores, que la verdad que vive fuera de los sentidos? Esto conduce inevitablemente a la necesidad de escalar los argumentos, incluso los metafísicos de un modo condicionado a la escala de las dimensiones que intentan relacionarse.

Los dos guardias quedan en silencio.

El silencio se hace incómodo para Tomás y apunta lo dicho.

No estoy seguro de haber contestado su pregunta. ¿Tiene usted alguna otra cuestión?

El guardia joven resopla y esta vez mira hacia el suelo mientras da una patada a una pequeña piedra intentando quizá aliviar su impaciencia.

El más mayor se acerca medio paso más hacia la posición de Tomás y, en un tono un poco más severo, le inquiere.

Caballero, no se puede beber alcohol en la vía pública.

Tomás asiente con la cabeza. Después contesta.

Entiendo. ¿Y dónde puede beber entonces?

El guardia joven resopla una vez más.

En su casa, en privado puede usted beber cuanto quiera, en la vía pública está prohibido.

Tomás, aún sin levantarse y con la prosodia perfecta y conservada de tiempos anteriores, replica.

Verá buen hombre, yo no tengo casa.

El guardia joven interviene. En la calle no se puede beber alcohol.

Les propongo una solución. Pueden ustedes sancionarme, ponerme una multa, de ese modo habrán cumplido con su deber. Después se marchan y me dejan a mi cumplir con el mío.

Venga recoja sus cosas y váyase de aquí. Insiste el de menor edad mientras tira de Tomás por el hombro. Tomás se resiste sin levantar las manos, solo tira de su cuerpo en la dirección contraria a la que le indica el guardia.

A pocos pasos se encuentran los jóvenes que antes compartían su litro de cerveza, los cuatro con el teléfono en ristre y grabando el incidente.

El guardia mayor se gira hacia los jóvenes y les ordena.

Vamos, iros de aquí no compliquéis las cosas.

Los jóvenes están dispuestos a su revancha.

Por qué nos vamos a ir, Ya no estamos bebiendo.

Pero estáis grabando y hay que respetar la intimidad de las personas.

Contestó el guardia.

Uno de los chavales comenta de forma airada, En la vía pública y sin escondernos. Así que grabamos de forma legal. Igual que ese hombre al que queréis echar. Tiene derecho a estar donde le dé la gana, le protege la constitución.

¿Van a ponerme una multa? Pregunta Tomás.

No. No vamos a sancionarle. Esconda usted la botella dentro de la bolsa y abríguese que esta noche va ser fría.

Los dos guardias saludan y se giran para abandonar el lugar y lo hacen en la dirección contraria a la posición de los cuatro jóvenes. ■



Manuela Plasencia Cano

Niagara Falls

Para los apasionados del cine, Niagara está íntimamente relacionado con Marilyn Monroe. Fue la película estadounidense que la catapultó a la fama en 1953 y cuenta la dramática historia que transcurre en la pantalla grande con las cataratas de fondo y con la intriga y el suspense propios del cine negro.

Siempre he evitado ir a las cataratas del Niagara porque el recuerdo de las imágenes de la película me impactó tanto, que no podía superarlo. Tardé muchos años en lograrlo.

Niagara es una ciudad y es un río con doble nacionalidad; hay un Niagara canadiense y un Niagara estadounidense. Se disputan el mismo río; pero es tan grande y tan inmenso que pueden compartir lo más famoso y atractivo del lugar, que son sus cataratas. Las Cataratas del Niágara son, en realidad, tres enormes cascadas que hacen frontera entre Nueva York (Estados Unidos) y Ontario (Canadá), con un salto de agua que descarga un volumen de unos 5 millones de litros por segundo, cayendo sin cesar desde una altura de 64 metros. Son: la American Falls, la Bridal Veil Falls, y la canadiense Horseshoe Falls.

Se puede acceder a ellas desde la ciudad de Toronto (Ontario) en el lado canadiense o desde Nueva York por el lado estadounidense. Nuestro grupo se decidió por el acceso canadiense y en tren como medio de transporte; aunque el automóvil, el autobús de línea o el coche de alquiler son otros medios para llegar al maravilloso destino de Niagara Falls. Son 127 km desde Toronto capital y se tarda una hora y media aproximadamente. La ciudad es una versión en miniatura de Las Vegas, con decenas de tiendas, atracciones, casinos y zonas para caminar, para ver las cascadas y miles de actividades para sorprender a los inocentes turistas que, sin duda, van a vivir una experiencia impresionante; pero también inolvidable. Recibe algo más de 8 millones de visitantes al año.

Origen y descubrimiento

Se calcula que las cataratas se formaron hace unos 12.500 años, cuando la región del Niágara se descongeló. Al derretirse el hielo, se formaron los cinco Grandes Lagos: Superior, Michigan, Hurón, Erie y Ontario. El agua se abrió paso hacia el norte a través del lago Erie, el río Niágara y el lago Ontario, y luego a través del río San Lorenzo hasta desembocar en el océano Atlántico.

La primera referencia escrita sobre las cataratas del Niagara fue a finales del siglo XVII y se atribuye a un sacerdote francés, el padre Louis Hennepin (1640-1701). Puedo imaginar lo que debió ser encontrarse con un ruido ensordecedor y un espectáculo visual tan increíble e inesperado en aquel recóndito lugar y en aquella época. Era un misionero franciscano destinado en Quebec (Canadá 1676) donde ejercía su ministerio con los indígenas del lugar. Se le ordenó acompañar al explorador René Robert Cavelier de La Salle en su segundo viaje recorriendo Louisiana, al suroeste de Nueva Francia. Los indios sioux nativos le hicieron prisionero en las inmediaciones del río Misisipi y vivió grandes aventuras que años más tarde publicaría en París (1683) y en Londres. Curiosamente, el padre Hennepin fue acusado de fraude por sus publicaciones y no le permitieron regresar a Francia. Fue exiliado en Roma hasta el fin de sus días. En su memoria existe un parque estatal en Minnesota con su nombre: *Father Hennepin State Park*.

Llegada al recinto

Lo primero fue acudir a uno de los hoteles ubicados en la zona; nosotros elegimos uno de gama media; pero





Skylon Tower

si te lo puedes permitir, lo ideal es una habitación con vistas que puede alcanzar los 200-300 euros/noche.

La oferta de espectáculos y aventuras es muy completa: paseo en helicóptero, descenso en tirolina, casino, lanchas motoras, vistas desde la famosa noria a más de 50 metros de altura sobre el río Niágara y mucho más. Para cada visita y para cada atracción hay que pagar al menos 12 euros; nada es gratis. Insisten mucho en la vestimenta; hay que llevar ropa de recambio (seguro que te vas a empapar), llevar calzado de repuesto, especial y antideslizante; sin olvidar el impermeable con capucha incluida y una mochila pequeña con lo imprescindible.

Recorridos y actividades

El centro de bienvenida a los visitantes o *table rock* es el primer punto de salida y de encuentro; donde puedes ver y seleccionar todos los recursos disponibles y las atracciones a visitar. Es una buena forma de optimizar el tiempo y no perderte nada de lo que te interesa. Hay cientos de opciones.

Es imperdonable no vivir la experiencia de acercarse a la base de las cataratas desde abajo, para ver la caída de esa masa inmensa de agua en el *Maid of the Mist*. Es el único barco que opera en el lado canadiense y en el estadounidense, desde 1840. Otra opción es tomar el *Hornblower*; pero navega únicamente en aguas canadienses. Los barcos solo están operativos de abril hasta octubre por cuestiones climáticas. El estruendo es ensordecedor y sobrecoge al espíritu más aventurero.

Subir a la *Skylon Tower* supone elevarse 236 metros para obtener una vista privilegiada y singular del gran salto de agua que se forma en este punto estratégico del río Niágara, con visión de 360°. Al fondo se pueden

divisar las ciudades de Toronto y Buffalo. Contemplar los fuegos artificiales desde esta ubicación y por la noche tiene una magia especial. Hay dos restaurantes giratorios en lo alto de la torre para presupuestos de alto standing y sala de cine imax en 3D/4D.

La visión de las cataratas por el revés te descoloca. El *Journey Behind The Falls* es una red de túneles que desembocan en un punto de observación en la base de las cataratas. En el lado canadiense (provincia de Ontario) existe un túnel de 670 metros de longitud que se esconde a 55 metros bajo tierra. Un ascensor de vidrio transparente desciende el equivalente a seis pisos de altura para acceder al pasadizo. El túnel lleva hasta una plataforma de observación que ofrece una vista espectacular al torrente de la llamada catarata canadiense o Horseshoe Falls, que es la más grande de las tres que componen la famosa postal del Niágara.

La *Cueva de los Vientos* engaña porque no hay ninguna cueva; se derrumbó en el siglo XIX. Permite pasar por debajo de las cataratas y se forma una neblina a manera de tormenta tropical, que apenas deja ver y te quedas empapado sintiendo la inmensidad del fenómeno acuático. Hay que reservar entrada previamente.

El *White Water Walk* es un itinerario para ver los rápidos del río Niágara; un paseo habilitado junto al río con miradores para contemplar los increíbles remolinos que se forman y hacer fotos espectaculares si llevas una buena cámara. No parece que sea un buen sitio para hacer rafting.

El *Whirlpool Aero Car* es una de las atracciones más curiosas para ver las cataratas del Niágara desde arriba. El teleférico se construyó en 1916 bajo las órde-



Las cataratas del Niágara congeladas formando falsos puentes de hielo en el canal que une los lagos Ontario y Erie.

nes de Leonardo Torres, ingeniero español; y lo más particular es que pasas la frontera en una cabina de teleférico. Las tomas fotográficas con esta panorámica podrían ser de candidatas al Pulitzer, al *World Press Photo* o a cualquier otro premio.

Niagara On The Lake es una preciosa ciudad de Ontario para pasear, a media hora de las cataratas, que conserva todo el encanto natural sin bullicio ni artificios, un tanto romántica con un lago incluido. Nosotros elegimos hacer un *Crucero Nocturno* para ver las cataratas iluminadas desde el barco.

La congelación de las cataratas

Parece imposible al contemplarlas, pero ha ocurrido varias veces. La primera vez que se documentó la congelación de las cataratas del Niágara fue el 4 de febrero de 1912; además se produjo un trágico accidente al romperse un puente de hielo, con 47 turistas desaparecidos en el fondo de las cascadas de agua helada. No fue la única vez; en 1848, 1909, 1934, 1938, 1949, 1969 y 2010 las cataratas también se congelaron. Otros años la congelación ha ocurrido; pero ha sido parcial o incompleta.

En 1848, tras una ola de frío en la que se alcanzaron los -35°C , quedaron completamente congeladas. Desde 1964, hay una barrera para detener el hielo en la boca del lago Erie y se ha construido una presa internacional para evitar que se forme hielo en las cataratas. En el año 1969, las secaron artificialmente para realizar una obra de ingeniería; para ello, el cauce

del río se desvió y se levantó una presa con más de 28.000 toneladas de rocas. Inesperadamente, en el transcurso de la obra aparecieron los cadáveres de dos personas; un hombre y una mujer. Aunque es un lugar atractivo para los suicidas; parece que algunos de los que han saltado al vacío han visto truncado su propósito y han sobrevivido.

Curiosidades

Nikola Tesla, fue uno de los principales asesores técnicos del proyecto que conseguiría suministrar energía eléctrica a la ciudad de Buffalo proveniente de las aguas del río hacia las Cataratas del Niágara. En 1895 diseñó la primera central hidroeléctrica en las Cataratas del Niágara, que supuso la victoria final de la corriente alterna sobre la continua y la consagración de Tesla como héroe a nivel mundial. Hay una estatua de bronce de Nikola Tesla, que fue un regalo procedente de la antigua Yugoslavia (1976) que se exhibe en el lado estadounidense de las cataratas, y hay otra estatua de Tesla en el lado canadiense.

También me llamó la atención saber que Maria Spelterini, funambulista, acróbata y artista de circo italiana, es la única mujer que cruzó las Cataratas del Niágara sobre un cable y sin dispositivos de seguridad, en el año 1876. El acróbata Nick Wallenda también lo hizo, sobre un cable de 5 centímetros de grosor, pero por la noche y con arnés, en el año 2012.

Niagara es un lugar singular para visitar y para recordar toda la vida.

Marisol Donis

Un pueblo singular

La comarca El Matarraña conocida como la *Toscana española*, en la provincia de Teruel, era para mí la gran desconocida, una asignatura pendiente. Hasta este último verano.

La zona está compuesta por 18 poblaciones. Calaceite fue la elegida y de esa forma conocí uno de los pueblos más bonitos y singulares de nuestro país.

El catalán es usado como lengua habitual, más que el castellano, pero son buenos anfitriones y se dirigen al viajero en el idioma que éste hable.

Calaceite es la capital cultural del Matarraña y fue declarado Conjunto Histórico Artístico en 1974.

Callejear es un regalo para la vista, multitud de casas y rincones donde observamos estilo gótico, barroco, renacentista, retazos medievales. Arte en cada rincón.

Llaman mi atención las capillas-soportales del Pilar y San Antonio que datan del siglo XVIII, y los balcones esquineros. Otra sorpresa es la Plaza de los artistas, un homenaje de piedra y rosales al gran número de escritores, poetas, pintores, ceramistas, de todo el mundo, que en algún momento se alojaron transitaron por la zona.

Para un pueblo de poco más de mil habitantes, es llamativo que cuente con tres museos, y dos hoteles que encierran obras de arte en todas las estancias. En el hotel en el que me hospedé, construido sobre un antiguo molino de aceite de principios del siglo XVIII, hay esculturas hasta en los baños.

La Casa Natal de Juan Cabré, pionero de la arqueología moderna española, es visita imprescindible. Descubrió en 1903



las pinturas rupestres de la Roca de los Moros de Calapatá (Cretas, Teruel) las primeras conocidas de arte levantino.

No faltan en el pueblo poblados ibéricos y otros asentamientos históricos. Ermitas como la de San Cristóbal, hasta donde suben los vecinos para disfrutar de maravillosas puestas de sol y permanecer allí hasta que aparecen las estrellas.

Me voy a detener en un personaje nacido en Calaceite, Teresa Jassá (1928-1999). La información que encontramos en la RAH dice así “ceramista, poeta. Proviene de

una familia infanzona aragonesa afincada en el pueblo osense de Jasa”.

Teresa iba para farmacéutica y se matriculó en la Facultad de Farmacia de Barcelona en 1952. Solo se interesó por la Química. Ella pintaba, dibujaba, experimentaba con reactivos, pigmentos, y al acabar el primer curso abandonó los estudios y se trasladó a vivir a Perpiñán, inscribiéndose en la Escuela de Bellas Artes. Sería lo que siempre soñó, artista y escritora. Trabajó la cerámica de forma artesanal por lo que no hay dos piezas iguales. Los esmaltes brillaban con un color especial. El rojo inconfundible que bien podría llamarse “rojo Teresa”, el verde tan peculiar. Ella misma decía que cada obra tenía un código de colores diferente.

Trabajaba la cerámica y escribía. Es autora de una serie de poemas que recopiló en su libro *Eixam de poemes* escrito en catalán, y del libro de relatos *L'armariet i altres narracions*.

Dejó un importante legado cultural producto de sus más de 35 años de actividad creativa.

Treinta y cinco de sus obras fueron donadas a Calaceite y se exhiben en una exposición permanente desde 2016. Allí podemos ver su versión personal de Los caprichos de Goya;





sus palomas de la Paz; peces; toros. Las piezas inspiradas en Goya, colección titulada “Barajando temas de Goya”, deseó que permaneciera íntegra en su museo de Calaceite.

Recibía encargos de murales cerámicos para altares de iglesias. Su obra más destacada es el altar mayor de Santa María la Mayor en Alcañiz.

Fue anfitriona espléndida de muchos artistas, escritores, intelectuales, que pasaban por Calaceite y se quedaban un día o varios años. El colombiano Gabriel García Márquez, el peruano Vargas Llosa, el mexicano Carlos Fuentes. Sin olvidar al que llegó a ser un vecino más del pueblo, el chileno José Donoso quien compró una casa situada en lo más alto del pueblo, de tres plantas y de piedra del siglo XVII, por 711 dólares. Se gastó el triple en acondicionarla a su gusto, con dos jardines, uno en una planta y el otro en la planta superior. Los vecinos los llamaban los jardines colgantes. En la casa vivirían tres personas, Donoso, su mujer y su hija adoptiva Pilarcita quien con el tiempo llegaría a escribir “Correr el tupido velo” un polémico libro biográfico de su padre.

Donoso contribuyó, como buen anfitrión de su casa, a que Calaceite fuera un hervidero de intelectuales, el epicentro cultural de la zona. Un libro



recuerda el boom latinoamericano en el pueblo: “Tinta y piedra” de Emilio Ruiz Barrachina. En esta etapa sueñan los nombres de Jorge Edwards, Bryce Echenique. A ellos se agregan Juan Marsé y Juan Benet. El periodista Xavi Ayén en su libro “Rebeldía de Nobel” cita a Calaceite como “una ciudad literaria”.

No se puede pedir más, increíble para una población de poco más de mil habitantes.

También tuvieron casa allí Terenci Moix y su hermana Ana María. Todos recibiendo en casa, celebrando tertulias, intercambiando conocimientos. Era un remanso de paz para ellos, alejados de las intrigas del mundo editorial.

Dicen que la primera conferencia telefónica internacional de toda la provincia, se hizo en Calaceite y una cabina igual se puede ver actualmente junto a la fuente y la iglesia, cerca de la casa que habitaron en su día Geraldine Chaplin y Carlos Saura.



Calaceite nos da la bienvenida con un mapa mural de cerámica, colocado junto a la plaza de la Bassa, que apoya en el muro de la Escuela de Educación Infantil. Firmado por Teresa Jassá. ■



Rosa Basante Pol

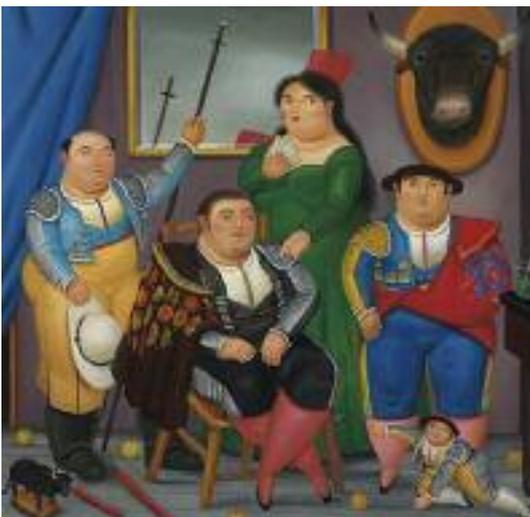
De las pinturas de Fernando Botero (1932-2023) a la despedida de los ruedos de Julián López: "El Juli"

Podría parecer pretencioso hablar de dos personas, artistas, a priori tan diferentes y la verdad que, en mi opinión, son coincidentes en algo tan importante como es su pasión por la tauromaquia, expresado por Botero con sus pinceles y por "el Juli" toreando. Vaya por delante mi respeto y admiración a dos grandes Maestros.

Fernando Botero (Medellín, 19, abril 1932 – Mónaco, 15 septiembre 2023), colombiano universal, quiso desde corta edad ser torero, vocación que nace tras llevarle un tío suyo a la escuela de "Aranguito", un importante banderillero de la capital antioqueña. Su pasión por la tauromaquia la proyectó a sus pinturas, muchas de ellas de temática taurina, ¡maravillosas! y con lo que se ha denominado como; "figuras voluminosas" que caracterizan el estilo inconfundible del autor, singular y único, con una luminosidad cromática atrayente, el cual manifestó en diferentes ocasiones que no pintaba gordos.

Hace no muchos años, 2021, pude visitar en Madrid la exposición: "Botero, Sesenta años de pintura", 67 lienzos, pintura y acuarela, divididos en 7 secciones identificativas con los temas más importantes de su obra. Una de esta secciones, bajo el epígrafe: "La Corrida", reunía obras de temática taurina cuales: "La Corrida" (2012), "Rafaelín y su mujer" (2012), "Caballo de picador" (2001), entre otras, un deleite para cualquier persona con sensibilidad artística, máxime si le gustan, es mi caso, los toros.

Fernando Botero diseñó uno de los capotes de paseo del gran torero colombiano César Rincón.



"Suerte de Varas" y "Family Scene" de F. Botero



Juan de Castilla

El 17 de septiembre en Las Ventas, dentro del ciclo "Desafíos y Concursos de Ganaderías", un torero colombiano, de Medellín, Juan de Castilla, confirmó la alternativa que había tomado en su ciudad natal el 28 de enero de 2017, actuando de padrino Enrique Ponce y de testigo Roca Rey.

Juan de Castilla, nombre de un barrio de Medellín en el que ha vivido, y viven sus padres, fue apoyado, en sus inicios, por Fernando Botero a cuya memoria brindó el toro de su confirmación: "Tronador II", de la ganadería de Partido Resina, manso y descastado, con el que no tuvo suerte a la hora de matar, lo que no deslució su entrega, valor, y gran lidiador que es. En su segundo toro de la ganadería del "Sobral" un marrajo, Juan demostró de nuevo su maestría y oficio a la hora de lidiar y torear toros "difíciles", le sometió, mandó, y disfrutamos de bellos y emocionantes naturales. Una estocada certera fue el final, con petición de oreja por el público que el Presidente, para mí equivocadamente, denegó. Eso sí Juan de Castilla dio la vuelta al ruedo, triunfo importante en la mejor Plaza del Mundo.

Detengámonos en la retirada de los ruedos de Julián López "El Juli", tras 25 años de alternativa, anunciada en julio de este año. EL Juli (Madrid, 3, octubre, 1982) es un claro ejemplo de una pronta y decidida vocación por ser torero. El día de su comunión le regalaron un capote, a modo de faro que iluminó sus pasos en el mundo del toro. Se formó en la madrileña escuela de tauromaquia Marcial Lalanda, y con 14 años se fue a México porqué en Es-



premios 2023



La Asociación Española de Farmacéuticos de Letras y Artes (AEFLA) es una entidad sin ánimo de lucro, que tiene como objetivo el fomento de las actividades artístico-literarias y la difusión de una perspectiva humanista en la comunidad farmacéutica española.

Los Premios AEFLA se convocan anualmente con el fin de estimular en sus asociados y en otros profesionales sanitarios la imaginación plástica, la capacidad artística o la afición a la literatura, invitándolos a mostrarlas bajo diferentes formas creativas.

Bases

- **Podrán participar:** todos los socios de AEFLA y los profesionales licenciados o graduados por cualquier Universidad o Escuela de los países integrantes de la Unión Europea o la Comunidad Iberoamericana, con título homologado en España, de Farmacia u otras profesiones sanitarias, así como los estudiantes de estas disciplinas que no hayan obtenido el premio en alguna de las cinco últimas convocatorias. La acreditación documental puede ser certificado de la titulación universitaria, certificado de colegiación, fotocopia compulsada del título académico o certificado de matrícula en el Curso 2022/2023.
- Por el hecho de presentarse a los premios, **cada participante manifiesta que es autor de la obra**, ésta es original y no derivada de obra propia o ajena y que lo incluido en ella no vulnera derechos de terceros. Los participantes son los únicos responsables de sus obras y de todo lo que aparece en ellas.
- En todas las modalidades de participación **el tema es libre**.
- En cada modalidad el premio es único y está dotado con **1.000 euros** (menos los impuestos correspondientes).
- **No se permite la participación de ninguna obra generada por inteligencia artificial.**
- El periodo de presentación de obras comienza el **15 de junio** y acaba el **1 de noviembre de 2023**. El jurado hará pública su decisión el 30 de noviembre de 2023 a través de la web de AEFLA y lo comunicará específicamente a cada uno de los ganadores.
- **Las obras deben presentarse a través de la web de AEFLA: aepla.org.** En el formulario online se especifican los datos necesarios a completar. El sistema de recogida de datos de la web asegura que los jurados reciben las obras sin la identificación de los autores.
- **El proceso de selección de las mejores obras incluye una votación popular en redes sociales.** AEFLA elegirá las redes sociales que mejor se adapten al proceso en el momento e irá publicando las obras de forma anónima para que sean votadas por los usuarios.
- **En la elección de los ganadores se tienen en cuenta 5 votos.** Cada uno de los cuatro miembros del Jurado elegidos por AEFLA emitirá un voto y el quinto voto se atribuirá a la obra ganadora en redes sociales en cada una de las modalidades.
- **Hasta la publicación del fallo del jurado los participantes no podrán publicar, exhibir ni comunicar públicamente las obras presentadas.**
- Al aceptar los premios **los ganadores ceden de forma gratuita y no exclusiva los derechos de reproducción de las obras por cualquier sistema o medio;** la distribución en cualquier formato y canal, y la comunicación pública de las obras, incluido el derecho de edición, para todo el mundo y por el plazo máximo de duración de estos derechos, pudiendo utilizarlas AEFLA con fines no comerciales, enteras o en fragmentos, por sí solas o en recopilaciones, pero siempre para la divulgación o promoción del propio concurso para otras ediciones y dentro de las actividades de AEFLA.
- **Los ganadores de los premios deben asistir personalmente al acto de entrega de los galardones.** Aquellos que no sean socios de AEFLA se comprometen a serlo durante un periodo mínimo de 5 años, a partir de la fecha de adjudicación de los premios. Siendo la cuota anual de 35 euros.
- **Los trabajos que no cumplan la totalidad de los requisitos solicitados serán descalificados.**
- **No se mantendrá ningún tipo de correspondencia con los autores una vez recibidas las obras.** Los participantes recibirán una comunicación por correo electrónico confirmando la recepción de sus obras.
- **Los datos personales que se soliciten durante el desarrollo del concurso se incorporarán a un fichero titularidad de AEFLA** cuya finalidad será realizar actuaciones derivadas de la participación en los premios. Los ganadores consentirán automáticamente al aceptar el premio la utilización de sus datos personales en cualquier tipo de promoción, publicación o difusión relacionada con los premios en ésta y en siguientes ediciones.
- **Las obras no premiadas serán eliminadas de la web de AEFLA** una vez entregados los premios de la edición.
- **La participación en el concurso supone la total aceptación de las presentes bases,** siendo resueltos los casos no previstos en estas bases por la Junta Directiva de AEFLA.

Modalidades

PREMIO FOTOGRAFÍA

- Las fotografías pueden ser **en color o en blanco y negro**.
- Deben ser enviadas en **formato jpg**, y el archivo no exceder de **4 Mb**.
- La fotografía debe ser de, al menos, **1080 píxeles en su lado menor**. Se recomiendan resoluciones de **150 ppp o superiores**.
- Cada autor puede presentar un **máximo de 3 fotografías**, cada una de las cuales irá identificada con una denominación diferente.
- El autor podrá incluir un párrafo explicativo de las razones que justifican la elección de cada imagen.
- Se podrá solicitar al ganador que proporcione imágenes de resolución apropiada para su publicación o exposición con relación al concurso.

PREMIO LITERATURA EN VERSO

- Los originales se presentarán en **formato PDF**. El nombre del fichero debe ser igual que el de la obra que se presenta, que será firmado con seudónimo.
- La extensión de la obra **no debe superar los 50 versos**.

PREMIO LITERATURA EN PROSA

- Los originales se presentarán en **formato PDF**. El nombre del fichero debe ser igual que el del texto que se presenta, que será firmado con seudónimo.
- La extensión máxima de la obra será de **1.800 palabras**.

PREMIOS DE ARTE GRÁFICO DIGITAL

- Esta categoría incluye cualquier trabajo original en el que la obra resultante haya sido realizada por el autor mediante el uso de un ordenador, tableta u otro dispositivo digital.

DOS SUBMODALIDADES

Ilustración, collage o técnica mixta:

dibujo, pintura u obra impresa de arte que explica, aclara, ilumina, visualmente representa, o simplemente decora un texto escrito.

Cómic:

serie o secuencia de viñetas que cuentan una historia en una sola página.

- No hay ninguna limitación en cuanto al software utilizado para crear estas obras.
- **Las obras deben enviarse en formato digital: jpg/png**. Se recomienda 150 ppp o más de resolución y un tamaño mínimo de 1080 píxeles en su lado menor. El peso máximo del archivo será de 4 Mb.
- **Las obras deben poder ser vistas en pantalla de ordenador sin ningún tipo de equipamiento especial.**
- Las imágenes no deben llevar marcas de agua de ninguna fuente externa, ni tener logotipos de empresas, marcas comerciales, ni mostrar de ninguna manera contenidos protegidos por derechos de autor que no pertenezcan al participante.
- El autor podrá incluir un párrafo explicativo de las razones que justifican la elección hecha.
- Se podrá solicitar al ganador que proporcione imágenes de resolución apropiada para su publicación o exposición con relación al concurso.

PATROCINADORES:



Los datos de carácter personal facilitados por los participantes e indicados en estas bases, serán incorporados a ficheros de titularidad de ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE FARMACÉUTICOS DE LETRAS Y ARTES (AEFLA), con domicilio social en la calle C/ Villanueva, 11 6ª y 7ª planta 28001, Madrid, con el objeto de ser tratados para la finalidad propia para la que han sido solicitados.

Los participantes cuyos datos sean objeto de tratamiento personal podrán ejercerlos derechos de acceso, oposición, rectificación, cancelación o revocación sin efectos retroactivos en los términos establecidos en la legislación vigente mediante correo electrónico dirigido a ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE FARMACÉUTICOS DE LETRAS Y ARTES (AEFLA) aefla@redfarma.org.

El usuario garantiza la autenticidad de todos aquellos datos que comunique, y se compromete a mantener actualizados los mismos, siendo responsable de todos los datos y perjuicios ocasionados por la aportación de datos incompletos, incorrectos o falsos.

Una vez finalizada esta convocatoria, los datos de carácter personal facilitados serán eliminados.

Para resolver cualquier duda: plantear la consulta a través del correo electrónico aefla@redfarma.org

José Félix Olalla

Imágenes de la ciencia

Francisco Javier Puerto Sarmiento

● Real Academia de la Historia ● Madrid 2023 ● 682 páginas ●

Yo no me repito, insisto. Esta afirmación de Javier Puerto, apoyada en Ramón Gaya, se enmarca en la voluntad de este extenso volumen cuyo título completo aspira a ser cabal y descriptivo. Literalmente, *Imágenes de la ciencia en el mundo español e hispanoamericano principalmente durante el Renacimiento*.

Así es, en efecto; la serie *Clave Historial* reúne trabajos dispersos, publicados por los académicos de historia. Busca una cierta afinidad temática y no excluye escritos inéditos. Agrupa con sobriedad editorial la labor investigadora de sus numerarios y facilita su conservación, además de la lectura y consulta de los interesados.

Javier Puerto, catedrático y doble académico de número en las reales de Historia y de Farmacia, sostiene una mirada lúcida e inteligente acerca del periodo en el que cambió la concepción del ser humano sobre su situación en el mundo, el Renacimiento. A aquel fenómeno cultural que en los comienzos de la edad moderna retomó los principios del humanismo clásico le ha dedicado buena parte de sus esfuerzos. Se ha especializado en la historia de las ciencias biomédicas y, naturalmente, en la descripción y evolución de los medicamentos.

La ubicación crucial de un catedrático de historia de la farmacia —en el fiel de la balanza, podríamos decir— le lleva a reflexionar a menudo sobre el diálogo entre las dos culturas a las que, por generalización, podríamos denominar humanista y científica, pero junto a las similitudes destacan las diferencias; el historiador no es un científico pues le falta la *experimentación* y las semejanzas deben buscarse en el tratamiento adecuado de las fuentes y en la voluntad vigilante de no manipular la realidad observada

La ciencia es en nuestros días un fenómeno universal que se realiza de forma colectiva con un mismo lenguaje en todo el mundo y que se somete a la crítica entre iguales. El método científico es uno solo, por tanto, pero no siempre ha sido así y la falta de conocimiento condujo en nuestra



historia a aberraciones que, de no haber sido trágicas, serían risibles. *Prodigios y naufragios* titula Puerto su revisión sobre la terapéutica española en el siglo de oro, convencido de que su labor no es calificar a aquellos conocimientos como simples disparates, sino la de intentar comprenderlos desde la plataforma de racionalidad que ahora nos está permitida.

Por otra parte, no toda la realidad puede ser estudiada con la objetividad científica, y la propia observación de los fenómenos es capaz de producir distorsiones. Los historiadores y los científicos no pueden ser entonces arrogantes ya que son conscientes de que el acceso a la síntesis completa quedará siempre inconcluso.

Arrancan estas imágenes con páginas sobre ciencia e historia, con Felipe II, con la salud del príncipe don Carlos, cuya desdicha alimentó fieramente la leyenda negra, con Hernán Cortés, Andrés Laguna y los viajes y expediciones de Malaspina y Jorge Juan... Podemos ubicarnos en sus diversos hitos y leer en un orden propio; será una delicia para el conocimiento, guiada por la prosa amena y personal del autor.

La segunda parte del volumen se dedica a la literatura, no solo a las grandes obras sino también a los aquí llamados libros discretos, secretos y clandestinos. Un trayecto sereno por la farmacia según nuestra secuencia magna, desde Cervantes hasta don Benito Pérez Galdós. Hoy, concluye Javier Puerto, la farmacia está mejor desde todos los puntos de vista y la terapia farmacológica es mucho más segura y eficaz, sin embargo, la profesión es menos literaria, tiene menos aureola. Pero, no importa, ejercemos nuestra misión como farmacéuticos, y lo hacemos bien. ■



Poesía para vencer a la muerte

Rafael Rodríguez-Ponga

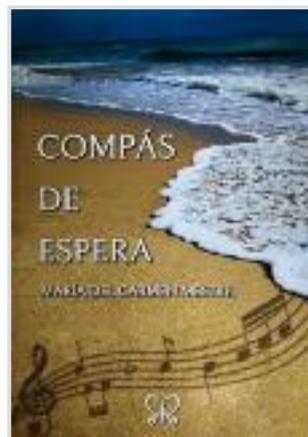
● Sial Pigmalión ● Madrid 2023 ● 405 páginas ●

¿Puede realmente la poesía derrotar a la muerte? La respuesta es afirmativa en el sentido en que la comunicación y la palabra están unidas a la salud y en que existe una vinculación positiva entre estos términos, que además debe cultivarse. Por un lado, la escritura puede llegar a ser terapéutica para el que la escribe, como lo es la música para el que toca un instrumento y ese efecto llega a los que leen poesía con alguna atención o escuchan música. Por otro lado, la poesía es fuente de fortaleza y dar voz a los sentimientos ayuda a renacer de una manera que alcanza más allá del mero consuelo.

El filólogo y ensayista Rafael Rodríguez-Ponga, tras vivir una pérdida dolorosa e irreparable, preparó este extenso libro que a la vez es una reflexión profunda y una antología de poemas y fragmentos poéticos de autores en su mayoría contemporáneos. Se incluyen textos de hasta dieciséis lenguas, algunas remotas como el chamorro o el bereber que, en conjunto, nos muestran una visión solidaria en lucha contra el sufrimiento.

Los poetas están agrupados de forma muy personal, de acuerdo con la experiencia tanto lectora como vital del autor. Hay numerosas joyas escondidas que se nos transmiten en todo su esplendor. No predomina, como podría suponerse, el tono elegíaco. Tampoco se percibe un modelo literario claro y uniforme.

Se propicia, más bien, la actitud interior, la madurez y el llegar a saber cómo afrontar la realidad. Como dice Carmelo Guillén Acosta, uno de los poetas recogidos en el libro: *Entro siempre en conflicto cada vez que la muerte deja entrever su rostro, me da igual en qué forma.* Y en otro momento del mismo poema: *Se va haciendo de noche sin vuelta atrás posible.* Puesto que es así y lo es para todos, no seamos necios y reforcemos la hermandad entre los hombres. ■



Compás de espera

María del Carmen Mestre

● Editorial Metamorfosis ● Baleares 2023 ● 197 páginas ●

La contemplación de nuestro pasado –infancia y juventud– desde la edad adulta, invoca a la aventura y más si esa mirada retrospectiva aparece decorada por un amigo de entonces que irrumpe en el presente de la protagonista. Con sólo este pequeño molde y con una idea de fondo imaginativa, la escritora mallorquina María del Carmen Mestre construye una novela que cumple con amplitud sus objetivos.

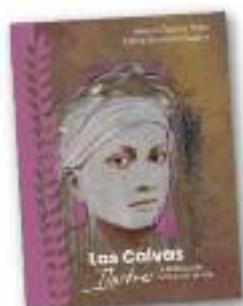
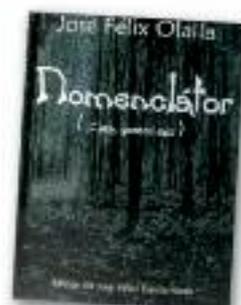
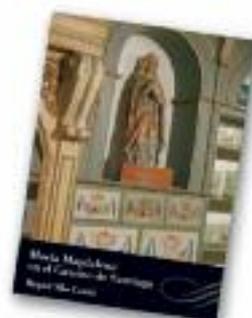
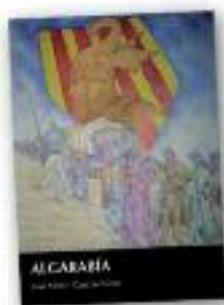
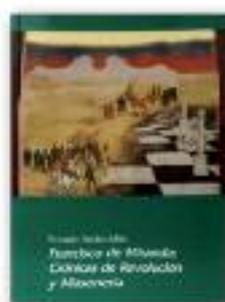
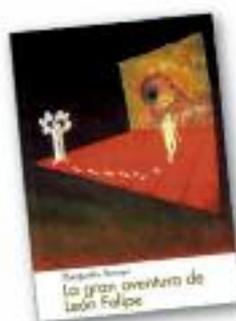
Mestre conduce ágilmente esta historia de un matrimonio sin hijos, culto y bien colocado profesionalmente que está entrando en la monotonía. La propuesta se sigue con interés y no aparece resistencia alguna a la lectura. Acierto suficiente para un relato que sabe resguardar la curiosidad del lector, pero que aún aporta más materiales.

Los pocos personajes de esta historia, seis en total junto con un par de figurantes, no están exentos de valores, tienen preocupaciones sociales y tratan de vivir con integridad sus relaciones personales. ¿Que esto es indiferente para la literatura? Añádase entonces que son personajes creíbles y cercanos, con los que el lector puede identificarse y que hay cuestiones relevantes planteadas, aunque sea de forma somera.

Las palabras son como exorcismos y el amor no solo debe luchar contra el sufrimiento sino contra el desgaste que toda relación soporta. Cuando termina el tiempo de las emociones sobreviene la rutina y entonces cualquier novedad se compara con ella; el brazo de lo conocido pesa y el brazo recién llegado vuela.

Al final, la historia queda abierta, suspendida, como si al cerrar el libro uno se viera obligado a considerar la significación del título, *compás de espera*, y reclamara una segunda parte de la trama a la que acaba de ser invitado. ■

Disfruta de la colección PHARMA-KI!



Último número



Si estás interesado en recibir alguno de nuestros títulos



aeffa.org

Segunda estación Valencia



De izda. a dcha. Juan Francisco Peña, José M^a de Jaime, Ricardo Folgado, Vicente Colomer Manuela Plasencia y Rafaél Borrás.

El día 29 de junio celebramos el 50 aniversario de la fundación de AEFLA en la sede del MICOF de Valencia. Así, llegamos a la segunda estación de nuestra gira artístico-literaria por algunos Colegios de Farmacéuticos.

La acogida ha sido impecable. Nos ha sorprendido el precioso palacete donde se ubica su sede; que, sin duda, volveremos a visitar para descubrir los tesoros, reliquias y artesanados que exhibe.

El vicepresidente, Vicente Colomer, fue el encargado de abrir el acto y de dar la bienvenida a AEFLA y a los asistentes, acompañado en la mesa por Ricardo Folgado, vocal de Fitoterapia del MICOF que ha sido un anfitrión excepcional. El profesor de Historia de la Farmacia, José María de Jaime Lorén, experto en la figura relevante de Agustín Trigo (farmacéutico ilustre que inventó el *Trinarjús* y alcalde de Valencia entre otros cargos) y que tiene publicados más de 40 libros, hizo una exposición muy atractiva sobre los temas farmacéuticos en las Fallas. Ricardo Folgado, que es socio de AEFLA y presidente de la Asociación de Escritores en Lengua Valenciana disertó sobre los premios nacionales de literatura en lengua valenciana. Rafael Borrás, socio de AEFLA, expresidente del MICOF y premio AEFLA de prosa en varias ocasiones, destacó las cualidades y capacidades propias del farmacéutico escritor. Juan Francisco Peña, socio de AEFLA, profesor honorífico de la UAH y poeta, ensalzó la figura de Jaime Siles y de su obra poética.

Manuela Plasencia representó a AEFLA, como secretaria general de la asociación y presentó brevemente la historia de la asociación y la nueva etapa de renovación digital que se inició en 2019.

El acto se retransmitió en *streaming* y se cerró con una pinclada musical con violinista, órgano y cantante lírica.■

Las credenciales de AEFLA

Jesús Aguilar y Ana López-Casero, presidente y tesorera del Consejo General de Farmacéuticos respectivamente, recibieron a una pequeña comisión de destacados integrantes de AEFLA, encabezada por su presidente, para hacerse cargo de la custodia de parte del patrimonio y diversos reconocimientos institucionales que ya tiene nuestra asociación.

En el acto, enmarcado dentro del simbolismo de nuestro 50 Aniversario, han intervenido el expresidente, José Félix Olalla, que hizo entrega de la Medalla de la Corporación Farmacéutica, y los hijos del también expresidente Carlos M^a Pérez-Accino, Paloma y Carlos, que aportaron la Medalla de la Real Academia Nacional de Farmacia.

El *ajuar* se completó con algunos obsequios de varios colegios provinciales y la entrega del último premio de pintura concedido por AEFLA.

Las preseas institucionales constituyen un reconocimiento a las actividades desarrolladas por AEFLA y, desde luego, a todas las personas que han hecho posible su rica trayectoria durante medio siglo. Por eso, en el momento del re-



De izda. a dcha. José Felix Olalla, expresidente de AEFLA, Ana López-Casero, nueva Socia de Honor, Carlos y Paloma Pérez-Accino y Jesús Aguilar, presidente del Consejo.

uerdo y la nostalgia se mencionó aquella primera reunión en la sede del Consejo General de Farmacia el año 1973 impulsada por el entonces presidente, Ernesto Marco Cañizares. Un personaje imprescindible que hizo posible esta entrañable aventura en la que han participado muchos compañeros, en ocasiones de manera anónima, decididos a profundizar en el humanismo como una faceta más de nuestra profesión. Hoy, muchos de ellos se sorprenderían por la fecundidad y el largo recorrido de lo que, durante un tiempo, sólo fue un proyecto ilusionante.

Las distinciones entregadas por AEFLA al Consejo suponen además un gesto de complicidad y agradecimiento para la institución que siempre ha estado atenta a nuestras actividades.■

Cuenca en el origen

El Consejo de Colegios de Castilla-La Mancha y sus nuevos integrantes, fijaron como referente el Día Mundial del Farmacéutico para la toma de posesión de sus cargos y la organización de una jornada especial a la que fue invitada AEFLA para hablar de Federico Muelas, el gran poeta que hizo posible y dinamizó la existencia de nuestra Asociación.

Todas las sesiones estuvieron cargadas de una emotividad especial; primero, por el entusiasmo de los anfitriones encabezados por la presidenta conquense, Luz Moya, y más tarde por el compromiso profesional en distintas áreas sanitarias que expresaron tanto la nueva presidenta del Consejo autonómico, Conchi Sánchez Montero, como Carmen Encinas, portavoz de la Consejería de Sanidad y Directora General de Planificación, Ordenación e Inspección Sanitaria y Farmacia.

En el capítulo matutino tuvo especial relevancia la intervención de Ana López-Casero como representante del Consejo General, porque fueron también palabras de despedida

de sus responsabilidades institucionales —dejaba la tesorería del Consejo en menos de una semana— y no dejaron de expresar su pasión por nuestra profesión o los proyectos y compromisos que pueden y deben emprenderse para reforzar nuestro papel también en su querida tierra castellano-manchega.

En la sesión de tarde, el turno fue para José Vélez, presentado por Pedro Mombiedro, expresidente del Colegio de Cuenca y actual tesorero de la entidad. Entre ambos desgranaron el papel esencial de Federico Muelas en la creación de AEFLA y revisaron parte del poemario de este reconocido autor de la llamada generación del 36. Sin Muelas, sin Cuenca, sin su inquietud cultural para buscar la participación de cualquier valor artístico dentro de la Farmacia, AEFLA no habría visto la luz tal como la conocemos y probablemente no estaríamos celebrando en este 2023 el cincuentenario de su fundación.

Excelente idea la del Consejo Autonómico y el Colegio de Cuenca para hacer llegar, precisamente en el Día del Farmacéutico, el mensaje diferente que se esgrime desde nuestra Asociación. ■

Punto de encuentro algo más que una pauta de actuación

El vetusto Ateneo madrileño ofrece, de vez en cuando, una sesión llena de originalidad y buen gusto. Así lo hicieron de forma conjunta las secciones de Pensamiento Marginal y de Ciencias Jurídicas y Políticas con la presentación del libro *Punto de encuentro* del escritor farmacéutico asturiano José Villazón. La tarde se presentaba atractiva aunque sólo fuera porque la docta casa, y también nuestro autor, habían sido capaces de conciliar materias tan dispares como la resabiada Política y el utópico Pensamiento Marginal.

Y Villazón no defraudó en absoluto a la audiencia. Su *Punto de encuentro* es un prontuario imprescindible para todas aquellas gentes que deciden renunciar, que se conforman, que piensan que no hay nada que hacer... En la vida hay momentos en los que estamos tentados a la rendición ¿Para qué luchar? ¿Por qué voy a proponer mis ideas si nadie las va a escuchar y, mucho menos, a evaluar?

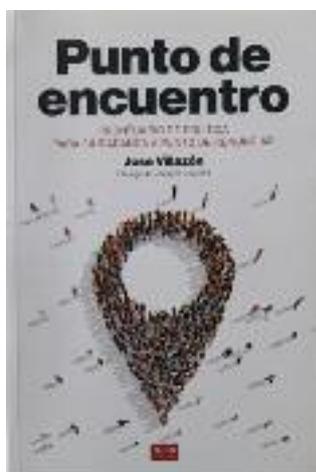
José Villazón confirma en este libro que la resignación nunca ha solucionado gran cosa y que debemos tomar partido, informarnos seriamente, intervenir en aquellas cuestiones que nos afectan, dar ideas, ser proactivos.

Al acto asistieron, entre otros, el presidente y la tesorera del Consejo de Colegios, Jesús Aguilar y Ana López-Casero, respectivamente, y contó con la participación de Pedro Vallín, prestigioso columnista de *la Vanguardia*, que infundió a los asistentes un mensaje de optimismo ante el generalizado enfoque negativo de una sociedad occidental que avan-

za de manera constante, aunque parezca que sus individuos siempre están nerviosos y enfadados. A Vallín le gusta más hablar de pactos que de consensos y cimenta su optimismo en que la democracia demuestra siempre su funcionalidad ante la incertidumbre. Una muestra de ello ha sido el comportamiento y las directrices generales de los gobiernos occidentales durante la pandemia si se compara con los países de regímenes totalitarios.

Vallín y Villazón argumentaron su esperanza en la humanidad en términos tan sencillos como las pequeñas poblaciones de las que proceden ambos, lo que facilita la cercanía con el vecino e incluso la implicación personal en sus tribulaciones.

El autor desarrolló un amplio repaso sobre algunos capítulos de su *Punto de encuentro*, reivindicó el consenso y también el compromiso con un tiempo en el que se evidencia la repercusión de la vida pública en lo más próximo y en el que hay que prepararse para las nuevas formas de comunicación, aunque a veces nos pueda dar cierto vértigo. Su apuesta por la cohesión social y la toma de medidas solidarias en problemas como la integración de los migrantes o la recuperación de medios informativos veraces y profesionales, le dieron un cierto tono *quijotesco* al que este joven farmacéutico astur tampoco está dispuesto a renunciar.



José Villazón es un valor en alza dentro de AEFLA. Aporta conocimientos, disponibilidad y, sobre todo, una actitud positiva ante la vida. Siempre se puede hacer algo más. El conformismo no es recomendable jamás. Si se puede contribuir, lo hace sin especular, sin condiciones, con la única intención de facilitar la llegada a una meta que no es otra que la consolidación y el éxito de los proyectos de la Asociación. ■

Imaginación y libertad señales de identidad de AEFLA en su 50 Aniversario

Con el significativo título de *Imaginación y libertad*, la sede de la Fundación Cofares volvió a acoger a AEFLA con la exposición de pintura que conmemora el 50 aniversario de nuestra fundación.

En la presentación del acto que contó con la presencia de numerosos visitantes, intervinieron Félix Martínez López-Brea, presidente de Honor de la Fundación Cofares, Carmen Peña, miembro del Consejo Rector y José Vélez, presidente de nuestra Asociación. Los tres mostraron su emoción y compromiso para que iniciativas como esta exposición cuenten con el respaldo necesario y nuestros mejores pintores se sientan impulsados en su creatividad por esta clase de convocatorias.

Queda muy lejos la primera muestra colectiva de cuadros que AEFLA celebró en sus albores en la galería *Donatello*, un local que antes había sido una lechería y en la que todavía se conservaban los mostradores de mármol el día de su inauguración. Entonces, la única patrocinadora fue la ilusión; algo que también hoy constituye el fundamento de la Asociación. Allí se reunieron pintores farmacéuticos a los que hoy denominamos legendarios e históricos: Nicolás Forteza, Fernando Magdaleno, Francisco Femenía, Casildo Martínez Crespo...

Y metidos en harina de este costal, el título de la exposición *Imaginación y Libertad* sólo quiere reflejar el espíritu de esta asociación, donde se acogen todas las tendencias y expresiones artísticas que afloran desde los farmacéuticos de España.

La sala reúne obras de siete pintores -seis mujeres y un hombre- que se presentan con temáticas y técnicas muy diferentes desde el paisajismo puro al recorrido urbano o el retrato impregnado de realismo, sin desdeñar las propuestas postimpresionistas.

Tres autores -Beatriz Bartolomé, José Luis Sotillo y Pilar Peñas- han coincidido en plasmar rincones típicos de



De izda. a dcha. Elena del Campo, Manuela Plasencia, Beatriz Bartolomé, y Esther Calvo de Mora, vicepresidenta del Colegio de Madrid.

Madrid, pero lo han hecho en diferentes soportes y estilos, empleando el óleo o la acuarela.

Por su parte, Esperanza Jiménez Caballero aporta una variada tabla de marinas y barcos varados en la playa, Teresa Tejerizo nos induce con sus pinceles a disfrutar de la música con sus bailarinas de claro tono parisino y Tryni Pérez Ballester, en sus calles y mares crepusculares, nos devuelve esa calma que, en ocasiones, parece inalcanzable.

Para cerrar la visita, dejamos como colofón a la gran Genoveva Choliz, que nos dejó hace poco tiempo un poco más abandonados aunque nos refugiemos con su dominio de la figura humana, como retratista de mujeres de lejanos enclaves de nuestro planeta y en los que siempre esta presente su propia caricia.

La exposición se vertebra en la variedad y la diversidad acudiendo pintores farmacéuticos de diferentes lugares de la geografía española. Esta vez, Sevilla, Guadalajara, Zaragoza, Valencia y también Madrid simbolizan la permanente voluntad de AEFLA por acercarse a todos los rincones de nuestra geografía.

Aquel sueño de Federico Muelas y Nicolás Forteza, entre otros, se mantiene y consolida. Si el primero fue un afamado poeta y guionista cinematográfico, quizá el más importante después de León Felipe, el segundo, Nicolás Forteza, fue el paisajista balear de referencia del pasado siglo y llegó a dejar su farmacia de Mallorca para dedicarse íntegramente a la pintura y a realizar exposiciones tanto en España como en distintos países europeos.

Todos los autores que han concurrido a esta exposición de una manera altruista han elegido los cuadros para esta exposición, lo que permite catalogar a la exposición como antológica. AEFLA, por su parte, no renuncia a que esta muestra pueda ser itinerante y visite varias ciudades españolas. ■

Segovia dónde las piedras hablan

No parece que la vida del arcipreste de Hita, el irreplicable Juan Ruiz, fuera ejemplar e irreprochable. Tampoco que, a estas alturas, se califique de escandaloso su comportamiento. En todo caso, su *Libro del buen amor* es una de las obras capitales de la literatura española y también una especie de guía por la Segovia medieval, cuando los romanos habían ya dejado su huella monumental a base de unas piedras que nos siguen hablando pasados más de veinte siglos y la gastronomía de la zona se ha convertido en otro de los reclamos indispensables para acercarse a la ciudad del Acueducto.

Según el ínclito y licencioso clérigo:

Como dise Aristóteles, cosa es verdadera,
el mundo por dos cosas trabaja: la primera,
por aver mantenencia; la otra era
por aver juntamiento con fembra plasentera.

Hoy, este comentario está fuera de lugar, puede ser perseguido y tanto Juan Ruiz como el mismo Aristóteles recibirán los peores calificativos por sexistas e intolerantes. Es lo que tiene la miopía de leer con ojos del siglo XXI lo que se escribió en el siglo IV antes de Cristo o a comienzos del XIV de nuestra era. Como es bien sabido la ignorancia es demasiado atrevida.

Dejemos a la Trotaconventos en sus sitios —entre Segovia a Talavera— y sus tiempos y recuperemos la poesía de este siglo con el ejemplo de Margarita Granados que, de la mano de la joven presidenta del Colegio de Farmacéuticos de Segovia, Marta Ruano, deleitó a la audiencia con la reivindicación de los versos de Antonio Machado al que rinde homenaje en gran parte de su obra. Recordamos que Margarita Granados fue la ganadora del premio AEFLA de poesía en su últi-

ma edición con *Morfeo* (Pliegos 152- pág. 9) y en su intervención, causó especial impacto este poema dedicado a Nashla y que también resultó galardonado por AEFLA:

A Nashla, niña saharauí

Llegaste aquel verano
desde montes dorados.
Gacela sorprendida, callada, adolescente.
Tu aroma de vainilla
inundó mi universo,
conformando el espacio con puzzles infinitos,
mostrándome la ficha de amor para acabarlos.
Esculpida de ébano,
portando los secretos
de dar, sin tener nada,
cayendo en mi cultivo,
como lluvia.

Hoy temo que el recuerdo sea un cristal mezquino,
Lejano, a mi medida;
No entender el desierto que es tu casa,
donde un oráculo inclemente
da réplica a los gritos,
oraciones calladas;
donde las jaimas de colores son barcos ancorados
en dunas desoladas, inhóspitas, purpúreas.
Te dedico mis versos,
Te remito bandadas de torcaces,
que el siroco los porte hasta tu oído,
hechos haces de brisa,
de la brisa del Sáhara,
cuyo nombre es el viento
y el tuyo, Nashla, un sueño

Segovia se unía de esta forma a la celebración del cincuenta aniversario de la fundación de AEFLA con un acto en el que también participó José Vélez para difundir la necesidad profesional de promover el aspecto humanista, social y artístico en las actividades farmacéuticas. ■



De izda. a dcha. Margarita Granados, Vélez, en uno de sus últimos actos como presidenta de la Asociación, y Marta Ruano, la joven presidenta del Colegio de Farmacéuticos de Segovia.

Álvaro Cunqueiro no deja de hacer encantamientos

La tarde del jueves 19 de octubre de 2023 la lluvia se precipitó sobre Madrid como hacía siglos que no lo hacía, un récord desde que hay registros, se dijo. Las calles tornaron en ríos, las plazas en lagunas y los túneles del metro recuperaron, como si poseyeran memoria ancestral, en las grandes grutas surcadas por aguas subterráneas que atemorizaron a nuestros antepasados del Paleolítico.

Pocos saben que, posiblemente, la culpa de este fenómeno tan inusual en el secarral en que se ha convertido en centro de España, la tuvieron un grupo de afanados ateneístas de la Sección de Farmacia capitaneados por Daniel Pacheco y José González Núñez. Habían tenido la ocurrencia de convocar al espíritu de Álvaro Cunqueiro (1911-1981), escritor, poeta, dramaturgo y periodista, tan grande como indefinible, tan inclasificable como las “meigas” de la cultura popular su Galicia natal que, ya saben, contra toda evidencia “habelas, hailas” y, que no hay que ignorar, como no lo hacía Cunqueiro, que vienen de más antiguo, convertidas en náyades que han llegado nadando por todos los mares y son, simplemente, biznietas del Odiseo de Itaca y las sirenas que le tentaron que, en aquella época, no tenían cola de pez, sino patas de ave.

Lo programado por la Sección de Farmacia del Ateneo de Madrid para aquella tarde era una tertulia sobre “Álvaro Cunqueiro y sus boticas prodigiosas”, segundo error de nuestros aprendices de magos. Para Cunqueiro, invocar la botica de su padre en Mondoñedo, de la que se sabía, con cinco años, los nombres de todos los botámenes cuyo contenido había ayudado a rellenar herborizando por todos los campos de los alrededores, eran palabras mayores ¿quiénes era esos intrusos? ¿cómo se atrevían? Se van a enterar, pensó desde las estrellas. Dicho y hecho, dado que ese mismo día, por culpa de la lluvia se habían suspendido en Mondoñedo las verbenas de su querido San Lucas, mandó hacia los madriles una nutrida ración de lluvias prodigiosas.

Empapados, buscando afanosamente un hueco en el paragüero de la sala para depositar sus artilugios, fueron llegando tertulianos y esperanzados asistentes, dispuestos a participar en ese conciliábulo.

Pacheco, como mañoso maestro de ceremonias, no les permitía sentarse. Antes, había que visitar, un piso más abajo, oh que maravilla, la



De izda. a dcha. Cecilio Venegas, José Núñez, Daniel Pacheco, Margarita Arroyo, Miguel Losada.

(1655-1736) que recoge boticas y remedios imaginarios y fantásticos.

José González Núñez, desde su erudito conocimiento de las tertulias de rebotica, recreó una tertulia imaginaria, en la farmacia del padre de Cunqueiro en Mondoñedo. Más que realismo mágico, nos contó, merece resaltarse la “magia de las palabras” con que Cunqueiro enlazaba la Galicia ancestral con la presente.

Miguel Losada, presumió del privilegio de haber asistido a una tertulia de Cunqueiro en el Café Gijón, de Madrid. Negó que la obra de Cunqueiro pueda encuadrarse en el realismo mágico y señaló que creó un estilo propio que le sitúa entre los más grandes escritores del siglo XX, sólo equiparable con Borges.

Margarita Arroyo, destacó la sensibilidad de Cunqueiro como poeta. Su obra en prosa se beneficia del lirismo con que utiliza las palabras. Asimismo, señaló que gran parte de las boticas y remedios prodigiosos que recoge en su libro, son soluciones reales explicadas desde la magia ancestral.

La tertulia, como corresponde a la mezclanza de sus participantes, todos con el denominador común de estar interesados, resultó sumamente amena.

Pasadas las nueve de noche se dio con concluida la ceremonia. Pareció que sonaban unas lejanas campanas, no eran tales. Cunqueiro que no ha perdido vanidad en su lejano escondite, resoplaba satisfecho. Mandó otro hechizo y, cuando salimos del Ateneo, había dejado de llover. Le damos las gracias por toda su obra, y por libranos de otro chaparrón, también. ■



125 años

Colegio de Zaragoza



Pilar Labat, organizadora del ciclo de conferencias como miembro de la Junta del Colegio de Zaragoza, con José Vélez.

El pasado 17 de octubre AEFLA estuvo presente en la conferencia del ciclo "125 años del COFZ". Bajo el título "Historias de nuestra Historia", el ex presidente de AEFLA (Asociación Española de Farmacéuticos de Letras y Artes), José Vélez García-Nieto, repasó el lado más humanista de la farmacia en los últimos 50 años. Como señaló Vélez "recordar alguna de aquellas píldoras nos va a permitir esbozar una sonrisa cómplice o conocer valores, que en su momento pasaron desapercibidos".

Una ponencia muy especial con "sobredosis de ternura, de imaginación y de éxitos" para enseñarnos cómo ha cambiado con el paso del tiempo la profesión farmacéutica, pero sin perder su objetivo esencial, cuidar la salud de las personas.

Para celebrar el 125 aniversario del Colegio Oficial de Farmacéuticos de Zaragoza, éste ha organizado un ciclo de conferencias diferente e innovador y con ponentes de lujo. En total, siete conferencias muy alejadas de las habituales formaciones farmacéuticas, con temas muy actuales e innovadores como la inteligencia artificial, los anti vacunas o la ciencia en el cine. ■

IV Jornadas Farmacéuticas de Extremadura

Cáceres es una de las quince Ciudades Patrimonio de la Humanidad y ha sido la anfitriona en la celebración de las IV Jornadas Farmacéuticas de Extremadura, el 4, 5 y 6 de octubre. El Complejo Cultural San Francisco, rescatado del siglo XV, ha sido elegido como sede de este evento profesional. Hemos disfrutado del esplendor de sus claustros, así como de la vista panorámica de la ciudad que ofrece desde su sala "Malinche", donde se han celebrado la mayor parte de las conferencias y presentaciones.

AEFLA ha estado presente con un stand donde tres representantes de AEFLA han dado visibilidad a la asociación y han repartido revistas de Pliegos de Rebotica a todos los asistentes. Elena Del Campo, Beatriz Del Campo y Manuela Plasencia han dado a conocer AEFLA, han saludado a colegas y amigos, han informado de las actividades humanísticas que realizan nuestros socios, han mostrado dos cuadros, varias fotografías y diversos libros de prosa y verso de nuestros autores. Como efecto especial, AEFLA ha aportado la nota musical a las Jornadas en las pausas para el café con José Duke, un amigo cacereño, tocando el *handpan* y la *kora* africana.

La chispa de las jornadas fue el día 5 de octubre: Francisco de Borja Santamaría, tesorero del Colegio Oficial de Farmacéuticos de Cá-



ceres se inscribió como socio de AEFLA con la asignación del número 1000; que se corresponde con el número de socios que han pasado por nuestra asociación en estos 50 años.

No estábamos solos. Al otro lado del claustro estaba la exposición itinerante de la "Botica en la expedición de Magallanes y El Cano en la primera vuelta al mundo", con sus embajadores Cecilio Venegas y Antonio Ramos (ambos socios de AEFLA). Tuvimos ocasión de escuchar sus ponencias y curiosidades sobre el tema. También pudimos admirar, en el mismo claustro, la exposición itinerante del "Proyecto Vacunando" liderado por Luis Marcos Nogales, socio de AEFLA y su mujer Raquel Criado. Beatriz Bartolomé nos ofreció su colaboración con un cuadro de los albarellos de su abuelo, pintado para la ocasión; y llevamos el cuadro pintado por Carlos Pérez-Accino hace años, que conservamos como una reliquia en la asociación.

Agradecemos encarecidamente la invitación del presidente del COFCáceres, Juan José Hernández y del presidente del COF-Badajoz, Cecilio Venegas, para que AEFLA estuviera presente en estas Jornadas. ■

La Academia de Farmacia de Cataluña en el corazón de AEFLA

Barcelona es, sin duda, una ciudad especial. Sus gentes son, en general, abiertas y cosmopolitas. Sus edificios, variados, cambiantes, abiertos y hasta inquietos desde un punto de vista cultural porque, evidentemente, no pueden moverse de su ubicación por mucho que el gran Gaudí lo pretendiera. Barcelona destila Mediterráneo y también arte y algo de caos creativo. Una visita a Barcelona ofrece siempre sorpresas, reencontros, magia e incluso algo de misterio.

En esta oportunidad, AEFLA acudía a la invitación de la Reial Acadèmia de Farmàcia de Catalunya para festejar el 50 aniversario de nuestra fundación. Un hito que nos permitió maravillarnos con el magnífico enclave gótico del Hospital de la Santa Creu en pleno barrio de El Raval, a pocos metros de las Ramblas. Este enorme grupo de construcciones, ejemplo del esplendor del gótico civil catalán, fue referencia sanitaria para los ciudadanos de Barcelona hasta mediados del pasado siglo. Hoy sus instalaciones se han recuperado para diversos centros de estudios, la biblioteca que recuerda de forma ineludible a la de *los libros olvidados* de Carlos Ruiz Zafón en su imprescindible *La sombra del viento* y las sedes de las Academias de Farmacia y Medicina de Cataluña.

Precisamente, la Academia de Farmacia se encuentra donde estuvo situada al botica del hospital y es original de 1417, la más antigua de Europa. Entre las joyas que conserva destacan parte del mobiliario, recipientes cerámicos originales, un ventanal de 1696 e importantes donaciones de distintos coleccionistas como la proveniente del afamado museo Cusí.

En las intervenciones habidas en la sesión tras el saludo del presidente de la Academia, Juan Permanyer, destacó en primer término la aportación de Andrés Morales Rotger, colaborador habitual en estas páginas, que explicó su compromiso personal con la cultura farmacéutica y, en concreto, con *Pliegos de Rebotica*, el buque insignia de AEFLA donde resaltó el papel insuficientemente reconocido de su diseñadora gráfica, Simona Vlaseva. Andrés Morales ha obtenido más de cincuenta premios literarios con sus originales relatos y, desde luego, es una de las plumas más insignes de nuestra asociación.



Miquel Ylla-Català, Socio de Honor de la Asociación Española de Farmacéuticos de Letras y Artes (AEFLA), por su respaldo constante, su aportación en Pharma-ki y su disposición permanente para abrir nuevos caminos.

A continuación, intervino el presidente de Fedefarma, Xavier Casas, también miembro de AEFLA, que glosó las actuaciones culturales desarrolladas desde su entidad de distribución, la larga trayectoria de la cooperativa en esta faceta, el impulso mantenido en la revista *Acofarma* y el respaldo sin fisuras a la celebración de nuestro medio siglo de vida. Una entrevista publicada en <aebla.org> así lo certifica.

En la intervención final de José Vélez hubo un poco de todo: cine, pintura, poesía, música y narrativa. Literatura por todos lados, referencias a obras y autores con los farmacéuticos en el horizonte, recuerdos y sensibilidad. Sant Jordi en Barcelona, la rosa, el libro, Pharma-ki...

Fue el momento señalado para que fluyeran aún más las emociones cuando Vélez confirmó que entre los muchos méritos adquiridos por el indomable Miquel Ylla-Català para alcanzar la categoría de Socio de Honor de AEFLA en su cincuenta ani-

versario, figuraba también el de ser el *best seller* de la colección Pharma-ki con su *María Magdalena en el camino de Santiago*, el libro más vendido de los dieciocho editados por nuestra asociación.

Miquel sigue en la brecha y, en sus palabras de agradecimiento, no perdió la oportunidad para reivindicar la unión y también la obligación de los sanitarios, en general, pero sobre todo de los farmacéuticos, para mantener el caudal humanista y social, para reforzar las relaciones y encontrar el verdadero objetivo en el bien común, abandonando cualquier clase de protagonismo.

Academia de Farmacia de Cataluña y AEFLA, corazones con el latido sincronizado. Por favor, que no decaiga. ■

Real Academia de Farmacia, Barcelona.





aepla.org

50 AÑOS CON *vosotros*



Contacta con nosotros:



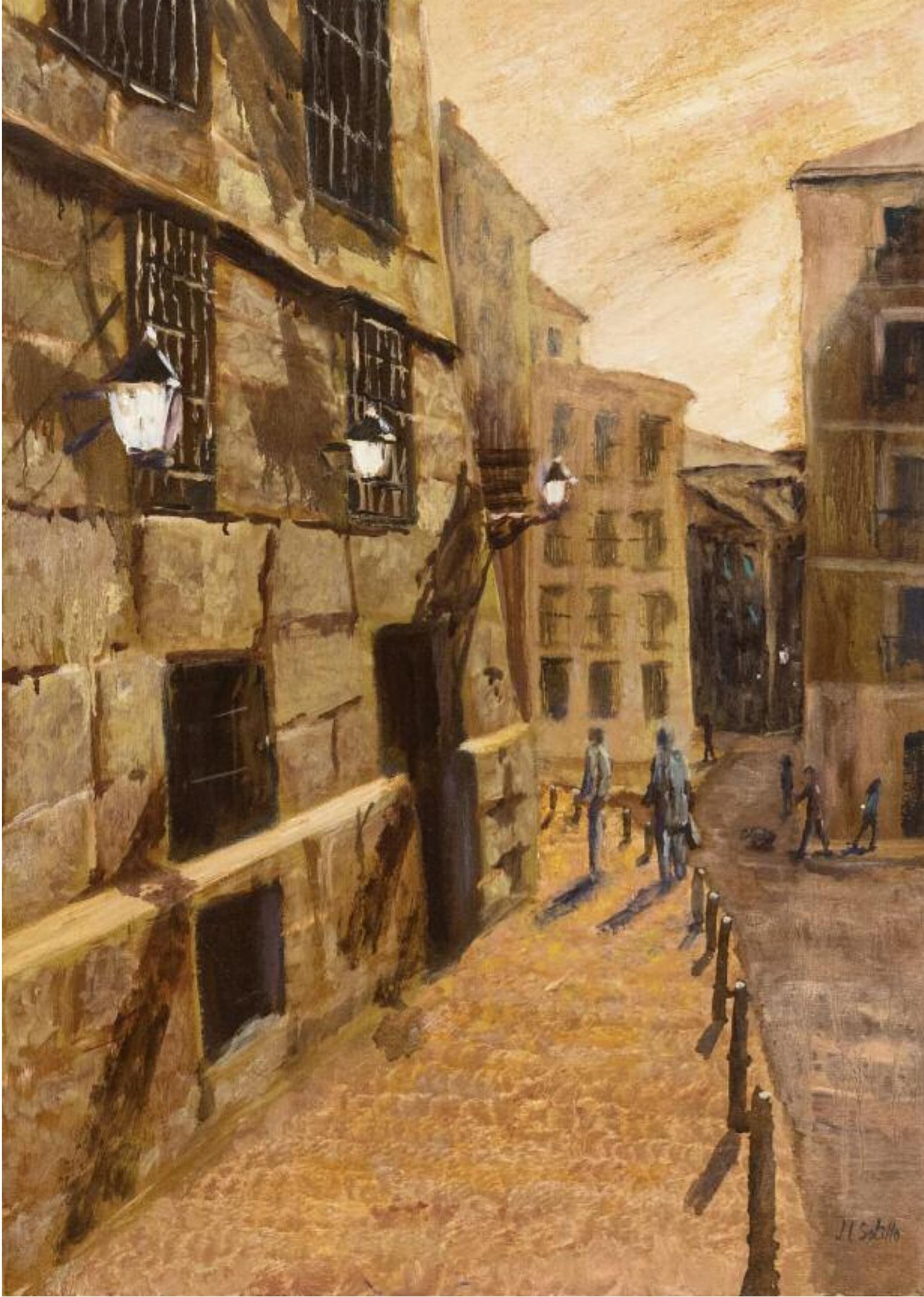
C/ Villanueva, 11 - 7ª C.P. 28001 Madrid

Youtube: AEFLA

Twitter: @AEFLAJunta

Teléfono: 91 781 63 70

Email: aepla@redfarmo.org



J.L. Sabido